Conmonitorio de Vincencio Lerinense

Traducido del latín al castellano por fray Cándido del Moral, monje de san Benito.

El Real de Valladolid, año de 1784.

«*La sabiduría de todos los antiguos indagará el sabio*». Eclesiástico Capítulo 39:1.

En Salamanca, con las licencias necesarias.

Por Juan Antonio de Lasanta, Impresor de la Universidad.

En el Monasterio Lerinense. san Vicente, conspicuo en doctrina, y santidad. Martirologio romano día 24 de Mayo.

Prólogo del traductor.

Vincencio Lerinense, francés, monje, presbítero y santo puesto en el Martirologio romano a 24 de mayo; escribió en latín, antes de mediar el siglo quinto de Cristo, un tratado contra todas las herejías, a quien él llamaba **Conmonitorio**; y dice, que le trabajó para socorro de su memoria. Dividióle en dos partes, o libros, de los cuales el segundo casi enteramente desapareció muy luego, según nos asegura su contemporáneo el célebre historiador Genadio.

Cuánto hayan estimado los inteligentes este escrito del Lerinense en los trece siglos y medio, que han corrido desde su formación hasta nuestros días, no es fácil de decirse, por más testimonios, que se quisiesen acinar de gravísimos autores; y por otra parte tampoco se han menester esas particulares calificaciones, aunque sean de los hijos insignes de la Iglesia; cuando habla a su favor la misma Santa Iglesia nuestra madre, que alabando su doctrina y santidad, nos le propone para la veneración y el ejemplo. Además de que el solo nombre de Vincencio Lerinense tiene ya tan ejecutoriado el respeto de los lectores cuerdos en la dilatada posesión de más de mil, y trecientos años, que habría de estar por demás cualquier catálogo de sus elogios, y saldría siempre muy diminuto, por bien que se alargase.

Pero si es excusado gastar tiempo, y papel en presentar aquí recomendaciones del mérito sobresaliente de esta obra; no parece, que será superfluo, el dársela yo a leer en castellano a los españoles, que o no entienden el lenguaje

latino, en que se escribió, o no hallan fácilmente aun en latín algún ejemplar, que tampoco suelen andar en tomo aparte, sino arrimados a las obras de otros autores. No pienso sacar esta traducción, atándome a lo material de las palabras, que se suele decir *letra por letra*, sino expresando, del modo, que buenamente pueda en castellano, el sentido, que yo perciba en el latín de Vincencio Lerinense, sin presumir igualar con las expresiones del romance a la gracia, alma, nervio, y vigor de las expresiones latinas originales.

Esto se queda para otros más diestros traductores, o para los que sean cabales en ese género; si por ventura apareciere algún traductor igual al autor traducido en el concepto, y en el parto: quiero decir, que perciba las cosas en el mismo grado de espiritualidad, y tenga la misma felicidad en darlas a entender a los lectores; que ese tal, y no otro, ya podría ser un perfecto traductor. Yo conozco, y confieso, que, aunque aplicase algo más de diligencia, quedaría siempre muy debajo de esos perfectos, y cabales traductores; pero más vale algo que nada. Y tú, lector discreto, mientras no logres otra versión menos imperfecta, aprovéchate de la que te doy, creyendo, que tomé este, poco grato atareo, en algún obsequio de los españoles, y tal cual servicio de nuestro Señor, y de su Iglesia.

Advierto, que, aunque nunca hice ánimo, como llevo insinuado, de seguir servilmente ejemplar alguno latino; en dos, que he visto, uno impreso en León de Francia el año de 1677, y otro en París el año de 1684, hallé una notable discrepancia en la división de esta misma obra: pues la

impresión lugdunense divide el **Conmonitorio**, además del proemio, en cuarenta y tres capítulos, con sus títulos los más de ellos, aunque no todos: y la parisiense, sin distinción de proemio, divide todo el **Conmonitorio** en treinta y tres números marginales romanos, sin que pusiese título en alguno de ellos. Yo le dividiré en treinta y tres capítulos por el orden de los números marginales parisienses, poniendo por primer capítulo el proemio del Lerinense, y añadiré su título a cada capítulo en gracia de los lectores.

Otra cosita se me ofrece acerca del título, que a su escrito puso Vincencio de este modo: **Tratado de un Peregrino**; y es, que, aunque Genadio nos dice, que así escondió su nombre propio el Lerinense; y Esteban Balucio prudentemente conjetura, que lo haría, por huir de la vanidad; yo hallo, que puede haber en esto más misterio, y si no me engaño, o querría con esa expresión de **peregrino** aludir al contenido de su tratado, que es el de una doctrina antigua, y como venida de lejos; o aplicando el epíteto de **peregrino** a su misma persona, llanamente significa, que como quien continuamente aspiraba, y suspiraba por la patria celestial, se reputaba, se llamaba, y en realidad era peregrino en este mundo.

Comienza el **Conmonitorio**, o Tratado de un Peregrino a favor de la antigüedad, y universalidad de la fe católica contra las profanas novedades de todas las herejías.

Capítulo Primero. Proemial en que el escritor expone los motivos de tomar la pluma, declarando modestamente, que no es autor de lo que escribe.

Diciendo la Escritura, y dándonos este aviso: «*Pregunta a tus padres y te responderán, y a tus mayores, y ellos te darán noticias*»[1], y otra vez: «*Aplica el oído a las palabras de los sabios*»[2], y en otro lugar: «*No te olvides, hijo mío, de lo que te digo, antes bien guarda en tu corazón mis palabras*»[3], paréceme a mí el menor de los siervos de Dios, y peregrino en la tierra, que con la ayuda del Señor ha de ser de no pequeña utilidad, el recoger con la pluma lo que atentamente tomé de los santos padres, y ciertamente es muy necesario para mi flaqueza, pues repasándolo a menudo, tendré a mano un remedio oportuno para la cortedad de mi memoria. A esta ocupación me convida, no solamente el fruto, que diere de sí la obra, mas también la consideración del tiempo, y lugar, en que vivo.

El tiempo: porque ya que él nos lo arrebata todo, no será mucho, que yo le arrebate a él alguna cosa, que me pueda aprovechar para la vida eterna, especialmente cuando el espanto grande, con que aguardamos el juicio de Dios, que se va acercando, pide de nuestra parte mayores cuidados por la religión; y la misma astucia, y fraudulentas artes de los herejes modernos nos precisan a los más grandes desvelos.

También me anima a esta labor el sitio, en que estoy; porque apartado yo como los demás monjes del tropel de

---

[1] Deuteronomio 32:7.
[2] Proverbios 22:17.
[3] Proverbios 3:1.

negocios, y del bullicio de las ciudades populosas, en este lugarcillo, y en el retiro de mi monasterio, sin mucha distracción de mi espíritu puedo cumplir con aquello del Salmo: «*Desocupaos, y ved, que yo soy el Señor*»[4]. Ni desdice la suerte de vida, que aquí tenemos, ni el fin, por qué dejamos el mundo, los que habiendo como yo militado en el siglo, dando vueltas al retortero entre torbellinos, y variedades de sucesos poco gustosos, con la inspiración, y aspiración de Cristo nos recogimos al puerto de la religión, que es el más seguro de todos, para huir de la vanidad, y aplacar a Dios con el sacrificio de la humildad cristiana, haciendo por escapar de los peligros, y naufragios de esta vida, y de los tormentos de la otra.

Pero empecemos ya en el nombre de Dios la obra, que tenemos entre manos: y escribamos, no con presunciones de autor, sino con la fidelidad de relator puntual, lo que nos fiaron nuestros mayores, y depositaron en nosotros. Hemos de estar, en que no tengo de decirlo todo, sino lo más preciso; y eso no con adornos, ni pulimientos, sino con un estilo corriente, fácil, y común; de modo, que queden las cosas más apuntadas, que declaradas. Estudien muy enhorabuena de escribir con gala, y elegancia, los que tuvieren para ello ingenio, u obligación por su oficio; a mí me basta el disponer un **Conmonitorio**, como suplemento de la memoria, para que no se me olvide, lo que tengo aprendido: y con el favor divino le iré corrigiendo cada día poquito a poco, hasta perficionarle enteramente, si pudiere;

[4] Salmo 46:11.

cuya prevención hago, antes de pasar adelante, porque en caso, que salga de mi poder este escrito, y pase por ventura a manos de algunos santos, o jueces íntegros, no noten alguna imperfección, de qué reprenderme, pues estoy diciendo, que no he acabado de perficionar mi obra, y que estoy aun trabajando en eso.

Capítulo Segundo. Piedra de toque, para discernir las verdades de nuestra santa fe católica de todas las herejías.

Preguntando yo con la mayor solicitud repetidas veces a muchísimas personas aventajadas en santidad, y doctrina, de qué suerte se podrían discernir con seguridad las verdades de nuestra santa fe católica de las mentiras, y engaños hereticales, porque deseaba tener a mano una como regla general, de qué aprovecharme en cualquiera ocasión, para no confundir, ni equivocar las unas con las otras; todas, o casi todas las personas consultadas me respondieron siempre una misma cosa, y es: que cuando yo, u otro cualquiera quisiese conocer los engaños de todos, y de cada uno de los herejes para no caer en sus lazos, y trampas, antes bien permanecer entero, y sano en su católica creencia; debía con la ayuda de Dios resguardar, y fortalecer su fe, armándose con las dos autoridades incontrastables, de los Libros canónicos, y de la Tradición de la Iglesia Católica.

Y si acaso extrañare alguien, cómo, siendo tan cumplido, y suficiente, y aun al parecer sobrado, para cuanto se ofrezca, el canon de las divinas Escrituras; con todo eso juntamos a ellas la inteligencia auténtica de la Iglesia; se responde, que hacemos esto, por ser tan superior al entendimiento humano, y tan profunda la Sagrada Escritura, y porque no la toman todos en un sentido; pues unos la interpretan de un modo, y otros de otro; de suerte, que casi tantos sentidos se atribuyen a las palabras de Dios, cuantos son los hombres, que se meten a explicarlas según sus ideas,

y prevenciones. Novaciano las expone de una manera, de otra Sabelio, y Donato de otra; y lo mismo digo de Arrio, Eunomio, Macedonio, Fotino, Apolinar, Prisciliano, Joviniano, Pelagio, Celestio, y Nestorio. Con que, para no desatinar, ni perder el hilo de la fe en el laberinto de tantos errores, es cosa muy necesaria, escoger de entre las exposiciones, que quieran aplicarse a los textos de los profetas, apóstoles, y demás escritores sagrados, aquella, o aquellas, que se ajusten al sentido, en que los ha entendido, entiende, y entenderá siempre la Iglesia Católica.

En esta misma Iglesia han de cuidar mucho sus buenos hijos, de sentir, y tener por ciertísimo, lo que en todos los lugares, y tiempos han creído todos los fieles: porque eso es sin la menor duda, lo que se llama, y es verdadera, y propiamente católico, atento el significado del vocablo **católico**, que es lo mismo que **universal** de todos los dichos modos. Y cumpliremos en la mejor forma con nuestro deber, si siguiéremos siempre la universalidad, la antigüedad, y la uniformidad de sentimientos: la universalidad, teniendo la misma, única, y verdadera fe, que por la redondez de el mundo confiesa la congregación de todos los fieles; la antigüedad, no apartándonos de nuestros mayores, y santos padres, que creyeron lo que nosotros; y finalmente la uniformidad de sentencias, abrazando como propios, y convenientes a cada uno de los decretos de todos, o casi todos los sacerdotes, y maestros, que ha tenido la Santa Madre Iglesia.

Capítulo Tercero. Resuélvense algunas dudas, que sobre lo dicho ocurren.

Preguntarás; ¿Qué ha de hacer un cristiano católico al ver, que en las cosas de la fe no van por un mismo camino todos los hijos de la Iglesia, sino que se apartan algunos pocos hacia otra creencia? Respondo, que no se ha de arrimar entonces a esos pocos, que deberá reputar por miembros apestados, y corrompidos; sino proseguir junto con todos los demás, que están sanos en la fe, y componen el verdadero cuerpo místico de la Iglesia. = ¿Y si el contagio, tomando cuerpo, y más fuerzas, cunde, no ya por pocos, sino por muchos; y se teme, que inficione a la mayor parte, y casi al todo de la Iglesia? Entonces se ha de seguir, no a los modernos, sean pocos, o muchos, sino a los fieles de la antigüedad, que ya no pueden ser engañados. = ¿Y si entre los antiguos se hallaren dos, o tres, o pocas más personas, que erraron en la fe; y tal vez el común de una ciudad, o de una provincia entera? Deberá entonces preferirse al sentir de esos indoctos, y temerarios el sentir, y decretos de algún concilio general, que haya tocado, y decidido el punto, sobre que cae esa diferencia.

Y en el caso de no haber decisión de concilio alguno general, y hallarse diversidad, y oposición entre los mismos antiguos en sus modos de decir acerca de las cosas de la fe; ¿qué se ha de hacer? En tal caso se han de traer a recuento las sentencias de nuestros mayores sobre el punto, o puntos, que se ventilan, para carearlos unos con otros atenta, y diligentemente, no las de todos los antepasados, sino solas

las de aquellos maestros católicos, que merecieron, y tuvieron aprobación entre los fieles, vivieron, y murieron en la comunión de la Iglesia: y lo que después de ese cotejo conste haber sentido, no uno, dos, o tres, o pocos más, sino todos, o casi todos; lo que uniforme, clara, y perseverantemente tuvieron, escribieron, y enseñaron; entiéndase, que eso es lo que se ha de creer, sin dudarlo ya más.

Capítulo Cuarto. Se ilustra, y amplía la doctrina de arriba, razonando sobre las herejías de Donato, y Arrio.

Se hará más inteligible, y claro lo que dejo dicho, razonando en ello con algo de extensión, y poniendo algunos ejemplos: pues no es justo, que unas materias de tanta importancia se toquen solo ligeramente, o con demasiada brevedad. En tiempo de Donato, que dio el nombre a los donatistas; cuando una gran parte de la África se precipitaba con furor en los errores de ese hereje, y olvidada del nombre cristiano, religión, y profesión, prefería la sacrílega temeridad de un particular infeliz al común sentir de la Iglesia de Cristo: entonces los demás moradores de la África, que, detestando semejante secta, se asociaron a todas las Iglesias del mundo; esos solos se pudieron salvar dentro del sagrado de la Iglesia Católica, y dieron a los venideros un ejemplo ilustre del estilo, que se debía entablar en lo sucesivo, y del poco aprecio, que merecía la loca osadía de un mal hombre, y de sus secuaces desdichados, en comparación de la sana fe, y cordura del mundo cristiano.

A ese modo, cuando el veneno de los arrianos se introdujo no ya en sola una pequeña parte del orbe, sino en casi todo él; de modo, que entre los latinos apenas quedaron obispos, que no se hiciesen de su partido, unos engañados, y otros forzados: cuando era tanta, y tal la confusión de los errores opuestos a la luz de la verdad, que no se divisaba fácilmente lo que era católico, para seguirlo: en aquellos tristes tiempos todo buen cristiano, que quiso permanecer

firme en el amor, y culto de Jesucristo, anteponiendo su fe antigua a la perfidia nueva, se pudo librar, y libró de la herejía. En cuyas circunstancias críticas se hizo bastante, y sobradamente manifiesto, cuántos desastres es capaz de producir cualquiera novedad en el dogma: pues se vieron decaer en esa ocasión, y arruinarse, no tan solamente algunas pequeñas cosas, o pocas, sino otras grandísimas, y muchísimas.

No ya precisamente familias particulares, con todas sus conexiones de parientes, y amigos, mas también pueblos enteros, ciudades, provincias, y naciones se trastornaron en la fe; hasta el mismo dilatado Imperio romano en toda su extensión, y en casi todos sus habitantes mudó de creencia. Porque, como la misma profana novedad de los arrianos, a manera de una furia infernal llena de saña, levantase bandera, y alistase debajo de ella a la cabeza de el mundo, el emperador de Roma, y pusiese el yugo dando la Ley a los próceres, y más poderosos de su palacio: desde aquella altura jamás desistió, en cuanto pudo, de disparar sus tiros hacia todas partes, maltratando, y confundiéndolo todo, lo público, y privado, sagrado, y profano, sin respeto a la razón, justicia, ni verdad; y dañada la intención, ponía todas sus miras, y malas artes en perseguir, y acabar con cuantas personas se le antojaba, y no eran de su bando.

Entonces llegó a su auge la disolución desenfrenada, y la crueldad más que de fieras; se abusaba de las casadas, viudas, y vírgenes; se demolían los monasterios; se desterraba, azotaba, y despedazaba a los ministros del altar;

las cárceles, los calabozos, y oficinas de las minas de metales se ocupaban, y llenaban de santos, que no seguían la herejía. Otros santos en crecido número con el entredicho, que se les puso, de que no viviesen en poblados, se retiraban a los yermos, y se escondían en las cavernas, como si fuesen los brutos más montaraces, desabrigados sus cuerpos, ateridos, descoloridos, y traspillados, medio podridos, sedientos, y muertos de hambre. Un tan gran diluvio de calamidades causó la licencia mal tomada de introducir en vez del dogma celestial novedades meramente humanas, y supersticiosas; de pagarse de invenciones fantásticas más que de los venerables establecimientos antiguos; despreciando a los santos, a los maestros, a los legisladores, a los padres, y a los mayores: y no hay que pasmarse de ello; porque en soltando la rienda a las demasías del deseo ansioso de las novedades, y curiosidades, no hay modo de contener a los noveleros en los límites de lo justo.

Capítulo Quinto. Alabanzas de los que padecieron a manos de los arrianos.

¿Pero acaso yo me pongo ahora a forjar patrañas, por aborrecer a los modernos, y apasionarme de los antiguos? Si alguno lo pensare así, crea por lo menos al bienaventurado doctor san Ambrosio, que en el libro segundo «De la Fe», que puso en manos del emperador Graciano, llorando la acerbidad de su tiempo, dice al capítulo cuarto estas palabras: «*Pero ya basta, omnipotente Dios, que con las funestas resultas, que han caído sobre nosotros, y con nuestra sangre lavamos la mortandad de nuestros confesores, los destierros de tantos sacerdotes, y la maldad de tantas impiedades. Bastante claro se ha hecho, que los que violaren la fe, no pueden estar seguros*». Y en el libro tercero de la misma obra, al capítulo séptimo dice ese santo doctor: «*Guardemos, pues, los mandamientos de nuestros mayores, y lo que en herencia nos dejaron sellado, no osemos romperlo con mano grosera, y temeraria. El libro cerrado del Apocalipsis, ni los ancianos, ni las potestades del cielo, ni los ángeles, ni los arcángeles se atrevieron a abrirle, porque se guardaba esa prerrogativa para el Cordero, que es Cristo, ¿quién de nosotros se atreverá a cancelar el sello sacerdotal de tantos confesores, consagrado con el martirio de tantos santos? Si obligados con fraudes algunos quisieron violar esos sellos; luego que se descubrió el engaño, y se condenó, volvieron los sellos a quedar cerrados: pero los que no cayeron en la trampa, ni tuvieron el atentado de romperlos, merecieron ser contados*

entre los confesores, y mártires. ¿Y cómo podemos nosotros negar la fe de aquellos, cuya victoria predicamos?».

Es así, divino Ambrosio; dígote, que todos los fieles católicos te acompañamos en predicar esas victorias, y admirándolas, no nos hartamos de alabarlas. ¿Porque quién de nosotros será tan loco, que ya que no alcance a igualar, por lo menos no desee seguir a quienes no pudieron derribar de la fe de sus mayores, ni la fuerza, ni las amenazas, ni los halagos, ni la vida, ni la muerte, ni el palacio imperial con sus satélites, ni el mismo emperador, ni todo su imperio, ni el resto de los hombres, ni los demonios?

¿Por qué no hemos de imitar a unos varones, a quienes Dios, en premio de su constancia en la creencia de sus antepasados, hizo el favor grande de juzgarles dignos, de que por su medio se restaurasen las Iglesias caídas; reviviese el espíritu apagado en muchos pueblos: se repusiesen las coronas, de que se había despojado a las cabezas de los sacerdotes; se enviasen desde el cielo aquellas fieles lágrimas, con que los piadosos obispos lavaran, no ya las letras, sino los feos borrones de la nueva impiedad; y que finalmente se restituyese el mundo, en tantas partes asolado con la tempestad formidable, y rápida de la reciente herejía de Arrio, que lo iba alampando todo: se restituyese, digo, de la perfidia nueva a su antigua fe, de la moderna insania a la verdadera sanidad, y de las tinieblas espirituales a la misma verdadera luz, que antes le alumbraba?

Pero en la misma fortaleza celestial de los confesores, que tanto padecieron, es de notar una cosa de mucha

consideración. Esos santos, que por no caer en la reciente herejía, se empeñaron en defender la antigüedad de su fe, no se declararon patronos de sola una parte de la antigüedad, sino de la universalidad de toda ella. Ni era razón, que unos tales, y tan grandes hombres anduvieran tomando a pechos, por su cuenta, y a tanta costa, los dichos vagos, y por lo común encontrados de éste, o aquél particular; ni se habían de armar con semejante denuedo en favor de alguna provincia corta, o país, cuyos moradores extravagantes se agavillasen por puro capricho, y sin motivo razonable, y del peso, que la materia requiere; sino que quisieron antes perder la vida, y derramar su sangre, que ser traidores a la fe católica: eso fue precisamente por seguir los decretos, y definiciones generales de todos los sacerdotes de la Iglesia universal, que son los legítimos herederos, y depositarios de las verdades sacrosantas; y así llegaron a merecer, y alcanzar el renombre, no como quiera de confesores, sino de principales entre ellos, como si dijéramos, archiconfesores.

Capítulo Sexto. Oposición de la Iglesia Católica a la introducción de novedades dogmáticas.

Ejemplo grande, divino, y digno de la mayor atención, y de la meditación infatigable de los católicos verdaderos fue por cierto el de los santos arriba mencionados, como de quienes, resplandeciendo con la luz de los siete dones del Espíritu Santo, figurada en la de los siete ramos del candelero material de la Ley vieja, mostraron a los fieles venideros en clarísima forma, cómo habían de quebrantar después, y en todos los tiempos de adelante, con la venerable autoridad de la ancianidad, la osadía desvergonzada, y vana locuacidad de cada uno de los profanos modernos. Ni es esto nuevo en la Iglesia, donde siempre se acostumbró, que cuanto era alguno más adicto a la religión católica, tanto más presto, y con más ahínco daba contra los inventores de novedades: ni hay cosa más de sobra, que ejemplares de esa oposición.

Pero, por no ser prolijo, tomaré uno bien notable de la Sede Apostólica, que voy a proponer, para que vean todos muy claramente, con qué cuidado, y con cuánta fuerza, y tesón defendieron los sucesores de san Pedro la entereza de su fe. Agripino, pues, un obispo de Cartago, de venerable memoria por otras prendas suyas, fue el primero de los mortales, que contra el Canon divino, contra las reglas de la Iglesia universal, contra el sentimiento de los demás obispos, y contra la costumbre, y estatutos de sus mayores, imprudentemente juzgaba precisa la *rebautización*: cuya

indiscreción dio una forma sacrílega a los herejes, y ocasión de errar a algunos católicos.

Al oír la novedad de Agripino, reclamó la gente, que en donde quiera se conmovió: y trataron los obispos por su parte, y en cuanto les competía, de rebatir la rebautización. san Esteban, que a la sazón ocupaba en Roma la Silla Apostólica, se opuso, y más que los otros obispos, a la novedad: juzgando, a mi modo de entender, que debía el pontífice exceder a los demás en la devoción de la fe católica otro tanto, como se aventajaba a todos en la preeminencia, y autoridad de su silla; y en una carta, que envió a África, condenó la rebautización, decidiendo el punto con estas palabras: *nada debe innovarse, sino estar a la Tradición*.

Sabía muy bien el santo, y prudente papa, que en buena razón de verdadera piedad no cabía otra cosa, sino que con aquella fe, que se recibe de los padres cualquiera de las cosas dogmáticas, con esa fe misma había de pasar de ellos a sus hijos; y que a todos nos conviene ir con la religión, no por donde la queramos llevar nosotros, sino por donde nos guía ella: siendo muy propio de la gravedad, y modestia cristiana, guardar para los venideros, y entregarles lo mismo, que recibimos de nuestros mayores, y no nuestras ideas particulares.

¿Pero en qué vino a parar todo el negocio de la rebautización? En lo que suelen semejantes asuntos; es a saber, en que se retuvo lo antiguo, y lo nuevo se echó muy enhoramala. ¿Y por ventura esta causa se perdería por falta de defensa? Buena traza; antes bien fue tal el esfuerzo de los

ingenios, tan afluente la retórica de los que hablaron a su favor, tan condecorado, y crecido el número de ellos, tan verosímiles sus razonamientos, y tan apoyados con muchos textos de las divinas Letras (bien que traídos en sentido nuevo, y por eso mal entendidos) que pienso, no se hubiera podido desbaratar semejante máquina, a tener otro fundamento, que el flaco, y fútil de su misma novedad, que no pudieron quitar, ni encubrir sus defensores, dándola la antigüedad, que no tenía.

¿Qué aprecio mereció aquel concilio africano, o qué valor llegó a cobrar entre los fieles? Ninguno, con el favor de Dios. Para el caso, como si todo hubiera pasado en sueños, o en alguna conversación de puro pasatiempo, o de ninguna importancia; así se desvaneció, se anuló, y despreció lo determinado por aquel concilio de África. ¡Pero válgame, Dios! ¡Y qué resultas tan para admirar a cualquiera! Los autores de aquella novedad son tenidos por católicos; y los que la siguieron después, se notaron, y notan de herejes: se absuelve a los maestros, y se condena a los discípulos; los que primero dieron en tal error, viven, y vivirán eternamente; y los que le han defendido después, perecen sin remedio. ¿Porque quién será tan desatinado, que dude, que ha de vivir para siempre, reinando con Cristo en compañía de los otros padres de aquel concilio, un san Cipriano, lumbrera de primera magnitud entre todos aquellos santos obispos, y mártires? ¿O quién por el contrario habrá tan sacrílego, que libre de arder en el infierno con los demonios a los donatistas, y demás herejes pestilenciales, que se

vanaglorian, de que pueden rebautizar, y rebautizan en virtud de aquel concilio africano, y en desprecio de la decisión de san Esteban?

Capítulo Séptimo. Comparación de algunos herejes con el mal hijo de Noé; y censura del apóstol san Pablo contra los que siembran errores.

Lo que acabo de decir, por providencia de Dios se ha hecho muy público en el mundo, siendo convenientísimo, que todos vean, especialmente la fraudulencia de aquellos, que, como intenten dar algo más de autoridad a sus herejías con el nombre ajeno, andan a caza de personas ilustres de la antigüedad; y en hallando en los escritos de cualquiera de ellos alguna cosita, que por poco explicada, aparezca entre las sombras de su obscuridad con el menor asomo, o algún viso de sus errores hereticales; luego levantan la voz para pregonar, que en lo que defienden, no son solos ellos, ni los primeros, que ha habido del mismo sentir; maldad, que para mí es aborrecible por dos títulos; el primero, porque así es más atractivo el brindis, que hacen a las gentes del veneno de su herejía; y el segundo, por el desacato, con que tratan a los santos, y a su venerable memoria; como lo sería el de quien con mano irreverente, y profana anduviese revolviendo sus huesos, o esparciese por el aire sus sagradas cenizas: cuando debiera ocultarse con el silencio, o sepultarse en el olvido, caso, que se encontrase en los hechos, o dichos de los padres antiguos tal cual cosuela, que no conviniese volver a ponerse en opiniones, dando, qué decir a los imperitos.

Bien se conoce, que estos herejes siguen las huellas de su caudillo el maldito Cam, que además de no cubrir la desnudez de su padre Noé, como pedía el buen respeto; se adelantó, y avanzó a la otra mayor desvergüenza de

exponerle a la irrisión de los otros dos hermanos suyos, llamándolos, para que viesen, cómo estaba su padre; con lo que ofendió en gran manera a la piedad, y enojó al padre de tal modo, que le echó la maldición a él, y a sus descendientes; muy al revés de lo que pasó con los otros buenos hijos, que, por no mirar ellos, ni querer, que viesen otros la indecencia de su padre, le taparon con su capa, volviendo en tanto los ojos hacia otro lado, según se escribe en el quinto capítulo del Génesis; y fue eso lo mismo, que no aprobar, ni publicar los hijos los defectos de su padre, mereciendo así la bendición para sí mismos, y para su posteridad. Pero dejemos ya esta pequeña digresión, y volvamos a lo que íbamos diciendo.

En efecto hemos de concebir un gran miedo, y mucho temor del atentado de alterar nuestra fe, y de violar la religión católica, no solamente, porque nos aparta de eso la disciplina de las constituciones de la Iglesia, a que estamos obligados; mas también, porque nos aterra la censura de la autoridad apostólica. Pues todos saben muy bien, a poco versados, que estén en la lección de las epístolas de san Pablo, la mucha gravedad, severidad, y vehemencia, con que da el Apóstol contra algunos, que con una liviandad, que era de admirar, se apartaron demasiadamente presto del que los había llamado a la gracia de Cristo, dejándose llevar hacia otro evangelio, que no es Evangelio; ni hay otro Evangelio, que el que predicaron los apóstoles; y amontonaron maestros acomodados a sus deseos, y a la medida de su paladar, sin dar oídos a la verdad, por aplicarlos a lo fabuloso, vano, y

divertido: dentro de sus mismas conciencias condenados por reos de la palabra, a que han faltado, después de dársela a Dios, y a su Iglesia, al tiempo de infundirles en el bautismo la primera fe, que han negado malamente.

(Por ser muchos los lugares del Apóstol, de que me voy aprovechando, y dejar más corriente el contexto de mi discurso, los cito abajo[5], donde pueden verse). Prosigue, pues, san Pablo, y escribiendo a los romanos les dice: «*Ruégoos, hermanos, que observéis a aquellos, que siembran discordias, y escándalos ajenos de la doctrina, que habéis aprendido; y apartaos de ellos: porque esa suerte de gentes no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a su vientre; y con sus palabras melosas, y sus bendiciones engañan los corazones de los inocentes*». Y escribiendo a su discípulo Timoteo, le dice entre otras cosas de esos mismos, que se introducen en las casas particulares, donde cautivan a ciertas mujerzuelas cargadas de pecados, siempre aprendiendo, y nunca acabando de llegar a saber la verdad, como se debe.

Y, escribiendo al otro discípulo Tito, llama a los mismos vanilocuos, o parlaembalde, dolosos, revolvedores de todas las familias, que tratan; enseñadores de lo que no conviene, con la única mira de cazar algún interés particular, y torpe; hombres de alma corrompida, y réprobos en la fe, soberbios, y necios, garrulos en cuestiones inútiles, y porfiados, privados del conocimiento útil de la verdad, hasta llegar a pensar, que no es otra cosa la piedad, que la ganancia de alguna cosa temporal: que andan dando vueltas de casa en

[5] Romanos 16; Gálatas 1; Tito 1 y 5; 1 Timoteo 1 y 6; 2 Timoteo 1, 2, 3, 4 y 5.

casa, ociosos, habladores, y acechadores; que, después de estragar su conciencia, dieron al través con la fe; cuyas profanas conversaciones destierran la verdadera piedad, cundiendo como el cáncer hacia muchos lados. ¡Ha bien! Que el santo Apóstol con su espíritu profético les echa el fallo, de que: «*no medrarán mucho, porque se hará manifiesta a todos la insensatez de éstos, como se hizo la de otros*».

Capítulo Octavo. Ponderación de un lugar de san Pablo a los de Galacia.

Pues, como algunos de esos malos hombres, rodeando ciudades, y provincias con ánimo de vender las infelices mercaderías de esos errores, llegasen a tratar entre otros con los de Galacia, que después de oírles, se aficionaron al sabor soez de la herética novedad, y por consiguiente se fastidiaron, y vomitaron el dulce maná de la apostólica y católica doctrina; se revistió el Apóstol de su poderosa autoridad, y en aire severo escribió a los gálatas estas palabras valentísimas: «*Aunque nosotros, o algún ángel del cielo os evangelice, fuera de lo que os hemos evangelizado, sea excomulgado*». ¿Y qué quiso decir en esas palabras «*aunque nosotros*»? ¿No sería mejor decir «*aunque yo*»? fue decir: aunque san Pedro, san Andrés, san Juan, o todo el coro de los santos apóstoles dijese lo contrario; caiga mi excomunión sobre todos, y cualquiera de ellos.

¡Tremendo apuro! Que, para significar la firmeza, con que debía retenerse la verdadera creencia, no se perdonase a sí mismo, ni a alguno de los otros apóstoles, ni a todos juntos. Y todavía le pareció poco, pues añade: «*aunque baje algún ángel del cielo a deciros otra cosa, sea excomulgado*». A los testimonios más autorizados de nuestra naturaleza humana mortal, y defectible, juntó el de la excelente naturaleza angélica, inmortal, y por la bienaventuranza que goza: indefectible en sus testimonios. «*Aunque nosotros,* dijo, *o algún ángel del cielo*». Bien sabía san Pablo, que los ángeles santos estaban en estado de no poder anunciar cosa

alguna contra el Evangelio de Cristo; pero con su fuerte aseveración nos dio a entender, que, aunque pasase lo imposible a ser posible, él no desistía de su excomunión.

¿Y el Apóstol escribiría acaso estas cosas, como de paso, por incidencia, y tal vez repentinamente arrebatado, más que del Espíritu divino, de algún ímpetu suyo humano, y natural? Bien lejos de eso: repitió lo mismo después, y se vuelve a inculcar en ello, diciendo con igual aparato, y muy en forma, las palabras siguientes: «*Si alguno os evangelizare, fuera de lo que habéis recibido, sea excomulgado*». No dijo; si alguno os predica lo contrario, bendígasele, alábesele, acéptesele; sino anatematícesele; es a saber; apártesele, exclúyasele, húyase de él; no sea, que el contagio execrable de esa mala res, si se mezcla con las sanas del rebaño de Cristo, las comunique su peste, y las inficione con su veneno.

Capítulo Noveno. De cómo, en lo que dice san Pablo a los gálatas, habla con los católicos de todos países y tiempos.

Si pensare alguno, que el lugar, que se tocó del Apóstol en el capítulo pasado, no se entiende con los otros católicos, sino precisamente con los gálatas, a quienes escribió; se seguiría de ese modo de pensar, que tampoco hablan mas que con los gálatas los otros mandamientos, de que san Pablo hace mención en lo que se sigue de la misma epístola: verbigracia «*Si por el Espíritu vivimos, obremos según el Espíritu: no nos hagamos codiciosos de la vanagloria, provocándonos unos a otros, y envidiándonos mutuamente*». Pero, siendo absurdo conocido, que lo que acabo de decir, no toque a todos los cristianos igualmente, es forzoso conceder la paridad, de que, como para todos son los documentos morales, también son para todos los documentos, que miran al resguardo de la fe, la cual no nos es menos necesaria, que las buenas costumbres: o si no, digamos, que lo que en cuanto a la fe obligaba entonces, ahora ya no obliga; y tampoco obligará ya, lo que entonces se mandó, de que obrásemos según el Espíritu, para no poner en ejecución los deseos de la carne.

Y, siendo tan pernicioso, como impío, el querer nosotros gobernar nuestras costumbres, y fe por otras reglas, que las que dieron en su tiempo los apóstoles de Cristo; es preciso confesar, que hemos menester arreglarnos, para conservar sana la fe, y buenas las costumbres, por los establecimientos Apostólicos en todas las edades, y siglos que dure el mundo,

porque rigen para siempre, tanto acerca de la fe, cuanto acerca de las costumbres. Anunciar, pues, a los católicos cristianos lo contrario de lo que se les ha predicado, ni ha sido jamás lícito, ni lo es, ni lo será en tiempo alguno, ni lugar: y por consiguiente el anatematizar a semejantes anunciadores, nunca ha dejado, ni deja, ni dejará de convenir en todo lugar, y tiempo. Con que es señal de grande osadía, el venirse cualquiera a predicar nuevamente fuera de lo que recibimos de los discípulos de Cristo; y también sería una veletería muy perjudicial, el dejar cualquiera católico su antigua fe, por oír, y dar crédito a novedades.

San Pablo está clamando en sus epístolas; pues se lee en todos tiempos, y lugares, y reitera sus clamores, dando voces a todos los fieles: el Apóstol, el vaso de elección, el clarín del colegio apostólico, el pregonero del orbe, el sabidor de los secretos celestiales se está desgañitando, y gritando a los católicos, que se descomulgue a todo dogmatizador moderno; ¿y será bueno, que nos pongamos a escuchar unas ranas, cínifes, y moscardones de mala muerte, cuales son los pelagianos? Y que estos herejes desvergonzadamente vengan a decirnos: gobernaos por nosotros, que somos los autores, los príncipes, y expositores de un nuevo dogma, con que seguiréis lo que desaprobabais, y reprobaréis lo que seguíais; desechad la antigua fe de vuestros padres, y mayores, y abrazad la doctrina; ¿pero de qué cosas? Horror causa el decirlas; y aun el rebatirlas sin urgente necesidad, casi lo tengo por afrenta.

Capítulo Décimo. De cómo algunos excelentes hijos de la Iglesia, por permisión de Dios, salen de cuando en cuando con sus particulares novedades en el dogma. Lugar notable de el Deuteronomio.

No faltará, quien haga esta pregunta: ¿En qué consiste, pues, que deje Dios no pocas veces a algunas personas excelentes de su Iglesia, que anuncien novedades a los católicos? No es mala la pregunta, y pide alguna diligencia, y amplitud en la respuesta. Haré porque quede del todo satisfecha, no con lo que me dicte el propio ingenio, sino con el testimonio auténtico de la Sagrada Escritura, y que usa la Santa Madre Iglesia en casos semejantes.

Oigamos a Moisés, que él nos dirá, por qué algunos varones doctos, que en frase del Apóstol se llaman profetas por el don gratuito de su ciencia, tienen a veces lugar por permisión de Dios, para propalar nuevos dogmas, a que el viejo testamento da el nombre de *dioses ajenos*, en sentido alegórico; porque los herejes suelen dar a sus opiniones igual estimación, y el mismo aprecio, que los gentiles a sus deidades falsas. Pues Moisés en el capítulo 13 del Deuteronomio nos dejó escrito lo que se sigue: «*Si se levantase en medio de ti,* (habla con el Pueblo de Dios) *algún profeta, o quien diga, que ha tenido alguna visión en sueños*»; es a saber, un maestro constituido en la Iglesia; de quien juzguen sus discípulos, u oyentes, que les enseña lo que entendió en alguna revelación; :: ¿Y qué más? «*Si este tal pronosticare alguna cosa señalada, y portentosa; y sucediese lo mismo, que él había dicho*». :: Esta pintura es

sin duda de algún maestrón tan científico, que parezca estar dotado más, que de humana sabiduría, y ser capaz de adivinar lo por venir, en virtud de cierta luz sobrenatural; cuales figuraban sus discípulos a Valentino, Donato, Fotino, Apolinar, y otros como ellos. ¿Y qué añade después el Deuteronomio?

«*Si te dijese el tal profeta: vamos, y sigamos los dioses ajenos, que ignoras, y sirvámoslos*::». ¿Qué dioses ajenos son éstos, sino los errores extraños, que ignorabas, conviene a saber, errores nuevos para ti, y nunca oídos? *Sirvámoslos*; esto es, creámoslos, y sigámoslos. ¿Y en qué viene a parar este aparato de prevenciones? En esto: «*No has de oír las palabras del mencionado profeta, o soñador*». ¿Y por qué, Señor? te ruego, que nos digas: ¿por qué se le deja hablar al otro, lo que no nos es lícito oír? Ya lo dice: «porque el Señor Dios vuestro os tienta, y examina, para que se descubra en público, si le amáis, o no de todo corazón, y con toda vuestra alma». Vemos aquí con más claridad, que a la luz de medio día, la razón de no estorbar Dios de cuando en cuando las avenidas de los anunciadores de doctrinas nuevas; «*para tentaros, dice el Señor Dios vuestro*», y en verdad que no deja de ser una tentación muy fuerte el tratar con alguien, a quien tú reputes por profeta, y discípulo de profetas verdaderos, por doctor, y defensor de la verdad, y al que has abrazado, y seguido con estimación, y amor; y que él mismo, sin saber cómo, empieza después a solapar errores perniciosos, que ni disciernes tú, por el juicio anticipado, que formaste de su magisterio, ni te atreves a pensar serte lícito

el condenarlos en un hombre, a quien tanto has querido y venerado por largo tiempo.

Capítulo Undécimo. Aplícase el citado lugar del Deuteronomio a los herejes Nestorio, Fotino, y Apolinar.

Quizá querrán los lectores, y acaso me pedirán, que señale algunos casos, en que se hayan verificado las referidas palabras de Moisés. Es muy puesta en razón esa petición, a que voy a satisfacer, antes de pasar adelante. Y empezando por lo que saben todos, y está más a la mano; ¿qué tan grande nos parece, que sería, poco ha, la tentación de los católicos, cuando el infeliz Nestorio repentinamente convertido de oveja en lobo, se ensangrentaba, y encarnizaba en el rebaño de Cristo, al mismo tiempo, que los invadidos por él, pensaban, que no era lobo, y por tanto se exponían sin recelo a sus mordiscones? ¿Quién no había de hallar gran dificultad en creer, que erraba un sujeto, aprobado por el gravísimo juicio del Imperio, y de los sacerdotes, amado de los santos, favorecido, y aplaudido de todo el pueblo, y que cada día explicaba en público las Escrituras canónicas, y rebatía los errores pestilentes de los judíos, y de los gentiles?

¿Cómo no se había de juzgar, que enseñaba, predicaba, y sentía bien, el que a rostro firme hacía guerra a las blasfemias de todas las sectas, y que no tendría la depravada intención de introducir la suya, cuando daba contra todas las demás? Pero esto es, lo que nos previno Moisés; «*Os tienta el Señor Dios vuestro, si le amáis, o no*». Dejemos a Nestorio, que siempre tuvo más de pasmoso, que de provechoso; menos de mérito, que de fama; y en la opinión del vulgo pasó algún tiempo por hombre grande,

debiéndoselo a la gracia de los hombres, y no a la de Dios: y traigamos a recuento otros varones, que por ser de más provecho, y de industria superior, fueron de no pequeña tentación para los católicos.

A nuestros mayores debemos la memoria de lo mucho, que tentó Fotino a la Iglesia Sirmitana en la Esclavonia, infestando las dos Panonias de Húngaros, y Austriacos. Después de habérsele hecho sacerdote con aplauso universal; haber servido como católico algún tiempo a la Iglesia; de repente, a manera del profeta, o soñador del Deuteronomio, comenzó a persuadir a sus feligreses, que siguiesen dioses ajenos, o unos errores extraños, de que no tenían noticia. Esto es común a todos los herejes; lo particular, y peor de Fotino fue, el haber abusado para ese mal fin de un ingenio grande, de una copiosa erudición, y de una elocuencia muy valiente, disputando en dos lenguas, y escribiendo con mucho raudal de palabras, y con harta gravedad, y en tono, según se ve en sus libros, parte escritos en griego, parte en latín. ¡Ha bien! Que sus feligreses velando sobre la pureza de su fe, y aprovechándose de las cautelosas advertencias de Moisés, admiraban sí, la elocuencia de su pastor, o profeta, pero no dejaron de barruntar la tentación, para apartarse de caer en ella, y huyeron del que antes seguían.

Además de Fotino, de que acabamos de hablar, tenemos en el hereje Apolinar otra prueba de las tentaciones, y peligros de la Iglesia, y un buen aviso para el cuidado, con que debemos resguardar nuestra fe. Ese Apolinar causó en sus discípulos muchas inquietudes, angustias, dudas, y

sospechas entre el respeto, que debían a su maestro, y el recelo de faltar al obsequio de la autoridad de la Iglesia; porque en efecto creían, que no andaban muy acordes, aunque no estaban seguros de eso. Ni era Apolinar algún hombrejo, que se reputase por fácilmente despreciable; antes bien era tal, y tan grande su persona, y circunstancias, que atraía fuertemente hacia sí la atención, y crédito de sus oyentes.

¿Porque, quién fue más agudo, que Apolinar, ni más ejercitado, ni más docto? Cuántas sean las herejías que oprimió con sus escritos, y cuántos los errores, que confutó, bástenos traer, como por señal de lo demás, aquella obra nobilísima, y grandísima, no menos, que de treinta libros, en que con una inmensa máquina de argumentos dio al traste con todas las calumnias locas de Porfirio. Sería gran prolijidad el dar aquí por extenso toda la lista de las obras, que compuso, pudiendo por ellas competir con otras columnas altas de la Iglesia; a no haberse aficionado demasiadamente a sus curiosas invenciones de novedades profanas; afeando con esta especie de lepra todos sus escritos, y dejando en la Iglesia, no el renombre de columna, que pudiera sostenerla, sino el de mal profeta, o soñador que la tentase.

Capítulo Duodécimo. Refiérense brevemente los errores de las herejías de Fotino, Apolinar, y Nestorio.

Si me pregunta ahora algún curioso, a qué se reducen las herejías de los que íbamos hablando, es a saber, Nestorio, Apolinar, y Fotino: sepa, que no intento recontar aquí, ni rebatir los errores particulares de cada hereje; sino poner a la luz los ejemplos de algunos pocos, en que se conozca patentemente lo que Moisés nos dejó escrito, que si algún maestro de la Iglesia, intérprete de los profetas, y profeta también él, trata de introducir alguna novedad entre los fieles, se lo permite Dios como tentación, y prueba de la virtud de los tentados. Convendrá sin embargo de eso, como quien da una ojeada hacia lo que no está muy distante del camino, que sigue, explicar con brevedad lo que sienten los tales herejes Fotino, Apolinar, y Nestorio.

La herejía de Fotino se reduce a esto. Afirma, que se debe confesar a un Dios singular, y solitario, al modo, que le concebía, y concibe el común de los judíos. Quita su plenitud a la Trinidad de las divinas Personas, pues no piensa, que lo son ni el Verbo, ni el Espíritu Santo. De Cristo asegura, que es no más que hombre, y que solo empezó su ser, desde que le concibió su Madre: procurando persuadir de todos modos, que debemos adorar como sola Persona divina a la de Dios Padre, y debemos tener a Cristo por hombre, y nada más. ═ Apolinar, en medio de jactarse, de que confiesa en unidad la Trinidad de las Personas divinas, no tiene muy sana la fe, aun en eso mismo, que dice; pero más descubiertamente

blasfema sobre la Encarnación de el Señor, afirmando, que en la carne, que tomó, o del todo faltó la alma humana, o si la tuvo, fue una alma sin entendimiento ni razón.

Aun esa misma carne, que Apolinar pone en Cristo, no quiere que se haya tomado de la carne de la Virgen María, sino que bajó del cielo esa carne a las entrañas de la Virgen; hablando con variedad de ella: pues unas veces dice, que era esa carne tan eterna como Dios; y otras veces, que del mismo Verbo eterno fue hecha dicha carne: porque no quería conceder en Cristo dos substancias, una divina, y otra humana, una tomada del Padre, y otra de la Madre; sino que pensaba, que la naturaleza del Verbo se había hecho pedazos, de los cuales el uno se había quedado en Dios, y el otro pedazo se había convertido en carne: de suerte, que siendo verdad, que en Cristo hay las dos substancias distintas entre sí, divina, y humana, el hereje explica el misterio, diciendo, que de sola una divinidad se han hecho dos substancias en Cristo. En esto consiste la secta de Apolinar.

Nestorio tiró por el rumbo contrario, y solapándose con la confesión de dos substancias distintas en Cristo, de contado mete la distinción de dos personas, y siendo en realidad una sola la Persona de Cristo, él pone en el mismo dos personas; y con una malignidad muy absurda, nos sale con defender, haber dos hijos de Dios, y dos Cristos, uno que sea Dios, y otro, que sea hombre; uno engendrado por el Padre, y otro por la Madre; y por consiguiente asienta, que la Virgen María no es Theotokos, o Madre de Dios, sino Cristotokos, o Madre de Cristo: porque en su mala idea la

Virgen no es Madre del Cristo, que es Dios, sino del Cristo, que es hombre no más.

Cuidado con no equivocarse, creyendo, que defiende Nestorio un solo Cristo, y en él una sola Persona divina; pues a algo de eso suena a veces lo superficial de la letra de sus escritos: porque, o lo puso así, para engañar mejor, como a otro asunto dijo san Pablo en el capítulo séptimo de la epístola a los romanos «*por lo que era bueno en sí, se me causó a mí la muerte*» y a ese mismo modo en varios lugares de sus escritos diría, que Cristo es uno, y una sola Persona; o lo que es más cierto, habla de Cristo en distintos tiempos. En el tiempo de su concepción, nacimiento, y en el de algo después, se empeña en darnos dos cristos, y dos personas en él; aunque en el otro tiempo de más adelante, dice, que las dos personas se juntaron en un solo Cristo: de modo, que, cuando fue concebido, y cuando nació, era un hombre como otro cualquiera, que no es más que hombre; ni estaba en él la Persona divina, que vino después a tomar en sí la humanidad de Cristo, y que ahora está en la gloria la Persona del Verbo en Cristo, aunque antes no estuvo; y en cuanto a eso, Cristo al nacer no se diferenciaba de otro del común de los hombres.

Capítulo Tercio Décimo. Disciérnense las verdades católicas de las sobredichas herejías.

Así ladran, como perros rabiosos, Fotino, Apolinar, y Nestorio contra la fe católica: Fotino, negando la Trinidad de las divinas Personas; Apolinar, haciendo mudable la naturaleza del Verbo, y no queriendo confesar en Cristo las dos substancias, divina, y humana, hasta quitar a nuestro Salvador o del todo la alma racional, o, admitiendo en él una alma sin entendimiento, ni discreción; pues fingía, que el Verbo divino suplía esas faltas; y finalmente Nestorio, multiplicando las personas en Cristo, nos dice, o que siempre han sido, son, y serán dos los cristos, o que a lo menos lo fueron alguna vez. Pero nuestra Madre la Iglesia, sintiendo bien, y como debe, de Dios, y de nuestro Salvador, nunca propala, ni sufre semejantes blasfemias en los misterios de la Trinidad, y Encarnación.

Porque la Católica Iglesia ha venerado, venera, y venerará por siempre una sola divinidad, sin descabalar las tres divinas Personas, quitando alguna, o algunas de ellas: confiesa la igualdad de todas, y de cada una en la indivisa, y mismísima majestad: y cree en un solo Cristo Jesús, y no en dos, adorando al mismo, juntamente Dios, y hombre. Cree, que no es más que una Persona, y dos substancias, divina, y humana, y que en ambas no hay más que una Persona: pero las substancias fueron, son, y serán siempre dos, porque la divina del Verbo nunca pudo, ni puede convertirse en otra substancia, ni dejar de ser alguna vez lo que una vez fue: y

dos personas en Cristo, sería lo mismo, que dos hijos de Dios; y la Santísima Trinidad ya no fuera Trinidad, sino cuaternidad, que es un desbarro muy clásico. Pero bueno será desmenuzar esto más para su mayor claridad, y distinción.

En Dios hay una substancia, y tres Personas; en Cristo una Persona, y dos substancias. En la Trinidad hay, y se puede decir con verdad *el uno, y el otro*, no *lo uno, y lo otro*; al revés en Cristo, no hay *el uno, y el otro*; pero sí *lo uno, y lo otro*. ¿Cómo es eso, de haber en la Trinidad *el uno, y el otro*, y no *lo uno, y lo otro*? Porque la Persona del Padre es una, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; pero no es otra la naturaleza del Padre que la del Hijo, y del Espíritu Santo, sino una misma en los tres. ¿Y cómo, o porqué en nuestro Salvador hay *lo uno, y lo otro*, y no *el uno, y el otro*? Porque la substancia de la divinidad es una, y otra es la substancia de la humanidad, que distintas entre sí, y unidas en la Persona del Verbo, no hacen dos cristos distintos sino un solo Cristo, y un solo Hijo de Dios, que es una sola Persona: y por eso en Cristo no hay *el uno, y el otro*, aunque haya *lo uno, y lo otro*.

Pongo por ejemplo: En el hombre una cosa es la alma, y otra el cuerpo, o la carne: y el hombre, que consta de cuerpo, y alma, no es más que un hombre. Pedro, y Pablo, cada uno tiene su cuerpo, y su alma distinta del cuerpo; y de esas cosas distintas no resultan dos Pedros, ni dos Pablos, sino un Pedro, y un Pablo de cada dos substancias distintas, cuales son el cuerpo, y el alma. Así, pues, en un solo Cristo hay las

dos substancias, o naturalezas, divina, y humana, de las cuales la una no es la otra. La divina se la dio Dios Padre: la humana se la dio su Madre la Virgen. La una es igual, y tan antigua en el Hijo de Dios, como en su Padre eterno; y la otra es temporal, y no es igual, sino menor que su Padre. La una es consubstancial al Padre; la otra a la Madre; y sin embargo de la distinción, y gran diferencia de las dos substancias, Cristo, que consta de ambas, no es más que un Cristo.

Luego se ha de confesar, que el Cristo que es Dios, no es otro, que el Cristo, que es hombre: no otro Cristo el increado, y eterno, que el temporal, y nuevo hombre: no otro el pasible, y otro el impasible; no otro el igual al Padre, y otro el menor, que el Padre: no otro el que nació del Padre, y otro el que nació de la Madre; sino uno, y el mismo Cristo es Dios y hombre: inmutable, e impasible, sin que dejase de padecer sus mudanzas en cuerpo, y en alma: comparado a Dios Padre es igual, y es menor: antes de todos los siglos engendrado por el Padre, y engendrado por la Madre en uno de los siglos: Dios perfecto, y hombre perfecto, uno, y el mismo Hijo de Dios, y de la Virgen. En él, en cuanto Dios, está la suma divinidad; y en cuanto hombre, toda la humanidad. Cabalmente toda, como quien tiene su alma, y su cuerpo, o carne; pero una carne, que es verdadera carne, la carne humana nuestra, y que recibió de su Madre: como también una alma con sus tres potencias memoria, entendimiento, y voluntad, sin faltarla, o estar descabalada de alguna de esas potencias. Está, pues, en Cristo el Verbo

divino, y las dos partes, que componen la humanidad, que son alma, y cuerpo: y todo esto junto es un solo Cristo, un solo Hijo de Dios, y de María santísima, y un solo Salvador, y Redentor nuestro.

Pero cuenta con ese *uno*, que no se llama, ni es uno, porque se mezclen, o confundan las dos naturalezas divina, y humana; sino porque ambas enteras, y con toda su distinción, y diferencias recíprocas, comunican en la singular unidad de la Persona del Verbo: pues esa juntura no puso mudanza, ni conversión de la una en la otra (que es error de los arrianos) sino que de tal modo las compaginó, y atrajo a la unidad personal, que para siempre permaneciese en Cristo la singularidad de su misma una sola Persona y también permaneciese para siempre la distinción, y propiedad de ambas naturalezas, no empezando jamás la divinidad a convertirse en carne, ni dejando de ser carne la carne, mientras Dios fuere Dios.

De esto nos da un ejemplo palmario la composición natural de cualquiera regular individuo de nuestra especie, cada uno de nosotros, no solo en esta vida, mas también en la otra consta, y constará eternamente de cuerpo, y alma: y nunca el cuerpo se ha de convertir en alma, ni la alma en cuerpo: porque viviendo, y durando eternamente el hombre, también durarán por toda la eternidad las partes que le componen, que son alma, y cuerpo; pero cada parte de éstas conservará su distinción, propiedad, y diferencia. Pues así viene a ser en Cristo también, que ha de conservar sempiternamente la propiedad, y distinción de cada una de

las dos naturalezas, divina, y humana; salva siempre la unidad de su Persona.

Capítulo Cuarto Décimo. De cómo la Persona de el Verbo divino tomó nuestra humanidad no fingidamente, sino en realidad de verdad.

Como en la explicación de la Encarnación del Hijo de Dios usamos tantas veces del vocablo *persona*, y decimos, que Dios en Persona se hizo hombre; no por eso se ha de pensar, que significamos, haber Dios tomado nuestra naturaleza, en cuanto solamente imitó, o remedó las acciones humanas, o que vivió en la tierra, solo al parecer, como los otros hombres, de quienes fuese un mero representante, sin tener en sí el ser, y realidad de hombre: a la manera que sucede con cualquiera farsante, que de improviso se presenta en el teatro, haciendo el papel de otra persona, que no es él. Porque siempre que se imitan las acciones ajenas, de tal suerte se ejecutan esas cosas, que los representantes no son en la realidad los mismos representados, por más que se parezcan a ellos.

Un cómico verbigracia (sirviéndonos ahora de este ejemplo secular, que traen los maniqueos) cuando un cómico hace papel de rey, o de sacerdote, no es verdadero sacerdote, ni rey; porque acabada la comedia, se acabó aquel sacerdote, o rey de farsa. Dios nos libre de una maldad tan sacrílega, como es el andar con tales burlerías, y máscaras en el sacrosanto misterio de la Encarnación del Verbo divino. Desatinen de ese modo los herejes maniqueos, que haciendo alarde de sus mismas fantasías, no recelan decir, que el Hijo de Dios, y Dios verdadero, fingió en sus acciones, y en su modo de vivir la Persona de hombre, sin ser hombre en la

realidad, y en cuanto a la substancia, sino en cuanto lo pensaban así los que trataban con él.

Pero la fe católica dice, que el Verbo divino de tal suerte se hizo hombre, que tomó nuestra naturaleza, y operaciones humanas, no engañosamente, o en sombras, o mera representación, sino expresando, en cuanto hacía, y padecía, lo que verdaderamente era: y no ejecutaba lo que correspondía a la humanidad como cosa extraña de él, sino como cosa propia suya, y que le tocaba por la naturaleza, que en sí tenía, representando lo mismo que era; del modo, que nosotros hablando, entendiendo, viviendo, y subsistiendo, no imitamos a los hombres, sino que lo somos. San Pedro, y san Juan no eran hombres, porque imitasen a los demás, sino porque lo eran ellos: ni san Pablo hacía el papel de Pablo, ni el de representante de apóstol de Cristo, sino que era verdaderamente apóstol, y era Pablo en realidad por su substancia, o por el ser, que tenía de singular individuo de la especie humana.

A esa manera el Verbo divino, tomando nuestra carne, y teniéndola, haciendo, y padeciendo, y ejercitando sus cinco sentidos, sin la menor mudanza de su divinidad, se dignó, no de fingir, o solamente imitar, sino de mostrar en sí mismo el ser de hombre perfecto: de suerte que no solamente lo parecía, y se pensaba, que lo era, sino que por sí, y por su substancia efectivamente era hombre. Como cuando, juntos cuerpo, y alma, sin convertirse lo uno en lo otro, no remedan, sino que constituyen al hombre, sin usar de ficciones: así el Verbo divino, sin alguna propia mudanza,

uniendo a sí mismo la humanidad, sin confundirse con ella, se hizo hombre, no de remedo, sino de verdad.

Deséchese, pues, cuando se trata del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, y no se haga caso de esa acepción, e inteligencia importuna de la persona en cuanto finge ser otra; pues el ser del que finge siempre es distinto de la cosa fingida; y quien imita a otra persona, no es la persona imitada. Apártese allá, y vaya muy lejos de nuestro pensamiento, y de nuestra creencia, semejante modo falaz de personar Dios la naturaleza humana; antes bien católicamente creamos, que, permaneciendo inmutable la divina substancia, y tomando Dios en sí la naturaleza de hombre perfecto, se hizo hombre, y es Persona de el hombre, no fingida, sino real, no en la imitación, sino en la substancia, y finalmente no persona, que en acabando de hacer su representación, mientras habitó con nosotros en este mundo, cesase en la humanidad la Persona del Verbo, que duró, y durará en la naturaleza humana por todos los siglos.

Capítulo Quinto Décimo. La Persona del Verbo divino se unió a la humanidad de Cristo, desde que le concibió la Virgen.

Esta unidad de Persona, que cupo a las dos naturalezas de Cristo, divina, y humana, no empezó después de parirle la Virgen, sino cuando le engendró, quedando desde aquel instante para siempre perfecta la unión de la humanidad con la divinidad. Con toda cautela hemos de prevenirnos al confesar que Cristo es uno, creyendo, que siempre lo fue: y tengamos por intolerable blasfemia el defender, que hubo dos cristos en algún tiempo, aunque sea con la añadidura, de que ya no es más que uno, desde que se bautizó: cuyo sacrilegio desmesurado no de otra suerte le podemos evitar, que confesando, que se juntó Dios con el hombre en unidad de Persona, no desde su Ascensión, o Resurrección, o Bautismo, sino ya antes de parirle su Madre, estando en sus entrañas, y desde aquel mismo momento, que la Virgen le concibió.

Por la unidad de Persona las cosas propias de Dios se atribuyen a Cristo hombre, y las propias del hombre se atribuyen a Cristo Dios. De aquí proviene lo que dice san Juan en el capítulo tercero de su Evangelio, que bajó del cielo el hijo del hombre: y lo que en la epístola segunda a los corintios escribió san Pablo al capítulo segundo, que «*el Señor de la majestad fue crucificado*». De aquí también proviene, que por ser hecha, y criada la carne de Cristo, se pueda decir, y diga con verdad, que el Verbo divino fue hecho, y la sabiduría, y ciencia de Dios; y del mismo Hijo de

Dios estaba antes pronosticado, que le clavaron las manos, y pies.

Por esta misma unidad de la Persona de Cristo con razón se concluye en este misterio, que, pues la humanidad unida en Persona al mismo Dios nació de su Madre sin lesión de su virginidad, se ha de creer catolicísimamente, que el mismo Dios Hijo nació de la Virgen; y el negar eso es cosa impiísima: y por legítima consecuencia se infiere, que es un arrojo irracional el tirar a defraudar a nuestra Señora de sus privilegios, y especial gloria, que tiene por singular merced de nuestro Dios, y Señor, por ser Hijo suyo, de ser, y de que la confesemos todos verdadera Madre de Dios, que en griego se dice *Theotokos*.

Y no como quiera, Madre de Dios, o al modo, con que cierta herejía, llena de impiedad, afirmaba, no ser la Virgen substantivamente Madre de Dios, sino apelativamente no más; porque decía, que era Madre de aquél, que después de nacido, y de pasar algunos años, había de ser Dios: conforme solemos llamar madre de un presbítero, o de cualquiera obispo, a la que los pare solamente hombres, y después de algunos años llegan a ser sacerdotes, u obispos. La Virgen María no fue de esa manera Madre de Dios, porque como ya dejamos dicho, en su sacratísimo vientre perfectamente se ejecutó el sacrosanto misterio de la Encarnación del Verbo divino; en que a causa de la unidad de la divina Persona, en que se unieron la humanidad, y divinidad, así como el Verbo divino se dice hecho carne, también el hombre en la Persona de Dios, se dice, que es Dios.

Capítulo Décimo Sexto. Recapitulación de todo lo dicho arriba acerca de las herejías de Fotino, Apolinar, y Nestorio.

Bueno será, que lo que hemos compendiado de las mencionadas herejías, y de las verdades católicas, lo repasemos ahora, reduciéndolo a pocas palabras; porque repetidas las cosas suelen entenderse mejor, y se quedan más en la memoria. Anatematícese, pues, a Fotino, que no admite la Trinidad completa de las divinas Personas, ni quiere, que Cristo sea más que hombre. Anatematícese a Apolinar, que pone alguna corrupción en la divinidad, diciendo, que se muda, y convierte en carne; quitando la propiedad de la humanidad perfecta de Cristo. Anatematícese a Nestorio, que niega el haber Dios nacido de la Virgen, y defiende, que son dos los cristos, o lo fueron alguna vez, volviendo el misterio de la Santísima Trinidad en cuaternidad.

Felicitemos por el contrario a la Iglesia Católica, que venera un solo Dios en la plenitud de las tres divinas Personas, y la igualdad de todas ellas en una sola divinidad: de modo, que ni la singularidad de la substancia confunda la propiedad de las Personas; ni por otra parte la distinción de las Personas divida la unidad del ser divino. Bienaventurada te llamo, Iglesia Católica, que crees en Cristo dos verdaderas, y perfectas substancias, y sola una Persona: de suerte que ni la distinción de las naturalezas divida la unidad Personal; ni tampoco esa unidad de la Persona de Cristo confunda sus dos substancias. Dichosa Iglesia, que crees, que Cristo es, y siempre fue uno, confesando, que se unió el

hombre a Dios, no después de nacer, sino al punto mismo de concebirse.

Dichosa te llamo, Iglesia Santa, porque conoces, que Dios se hizo hombre, no por conversión de su divinidad en otra substancia, sino por tomar Dios la humanidad en unidad de Persona, y no de persona disimulada, o pasajera, sino duradera, y substancial. Bien hayas tú, Iglesia, que en virtud de la unidad de la Persona de Cristo, con misterio inefable, y maravilloso, atribuyes las cosas divinas al hombre, y las humanas a Dios. Por esa misma unidad de Persona afirma la Iglesia, que el hijo del hombre bajó de los cielos, y que Dios fue hecho hombre en la tierra, padeció, fue crucificado, y murió, y lo demás, que con verdad se diga de Cristo.

Finalmente, por esa unidad cree nuestra Madre la Iglesia, que el hombre es Hijo de el Padre eterno, y que Dios es hijo de la Virgen María. Dichosa, pues, Iglesia mil veces bendita, digna de la veneración de los fieles, en tu creencia, y confesión sacrosanta muy parecida a la de los espíritus angélicos, que alaban a un solo Dios, llamándole tres veces *Santo*: pues a eso atiende la Iglesia Católica, para predicar la unidad de la Persona de Cristo, y no añadir otra persona más a la Santísima Trinidad. Y baste por ahora el haber dicho esto incidentemente; que en otra ocasión, queriendo Dios, se aclarará más, y se tratará más despacio. Volvamos ya al intento principal, que dejamos pendiente.

Capítulo Décimo Séptimo. Trata de Orígenes, de sus relevantes prendas, y tentación, en que puso a la Iglesia.

En el capítulo undécimo de este tratado íbamos diciendo, que servía de tentación para el pueblo cristiano el error de cualquiera maestro de la Iglesia, y de tanto mayor tentación, cuanto de maestro más acreditado fuere el error, que se esparciese entre los católicos; y lo mostramos, primeramente por los textos de la Escritura, y después con ejemplos de la historia eclesiástica; es a saber, trayendo a recuento algunos de aquellos sujetos, que, estando antes reputados por sanos en la fe, al fin, o cayeron en los errores ajenos, o los inventaron ellos de nuevo. Aviso excelente, por cierto, digno de aprovecharse en las ocasiones; y por lo mismo convendrá fijarlo bien en la memoria. No será, pues, importuno, añadir a los de arriba otros ejemplos, con que demos mayor ilustración a esta verdad, para que se imprima más en los ánimos de los lectores, hasta persuadir a los católicos, que no admitan otros doctores, que los recibidos por la Iglesia, ni dejen la creencia universal de su Santa Madre, por ir tras los doctores, que se levantan contra ella.

Pero de los personajes, que podríamos alegar como ejemplos de semejantes tentaciones, apenas habrá alguno, a mi modo de entender, que pueda compararse con Orígenes, en quien concurrieron muchísimas prendas, tan esclarecidas, tan raras, y maravillosas, que cualquiera contaría a Orígenes entre los primeros acreedores, a que las gentes totalmente se fiasen de sus sentencias, y doctrina. Porque si las aventajadas

inclinaciones, y habilidades de un sujeto le hacen espectable a él, y a lo que enseña; Orígenes era hombre de suyo muy industrioso, muy casto, y de un gran sufrimiento, y aguante, en cuanto emprendía. Si miramos a su sangre, y crianza; ¿qué cosa más noble, que haber nacido en una casa condecorada con el martirio, y por el amor de Cristo llevar a bien, no solo la falta de su padre, y que le despojasen de todos sus bienes temporales, y haber aprovechado tanto entre las angustias de la santa pobreza, que según se cuenta, llegó a ser muchas veces afligido, por confesar el nombre del Señor?

Y no eran esas cosas las únicas, que componían en Orígenes el todo de la tentación de los fieles; porque se allegaba a lo demás una valentía de ingenio tan profundo, tan agudo, y tan elegante, que apenas se podría hallar entonces otro, a quien no llevase gran ventaja; y tal su aparato de erudición universal, que apenas se le escapaba cosa de las contenidas en las divinas letras; y acaso nada de cuanto escribieron los filósofos profanos, dejó de pasar por su registro, y conocimiento, en griego, o en hebreo; todo parece que lo supo. ¿Pues, qué diremos de su elocuencia, sino que era tan amena, tan sabrosa, tan suave, y dulce, que en vez de palabras salían de su boca, al parecer, arroyos de leche, y miel? ¿A qué dificultades no dio Orígenes fácil salida con la fuerza de su retórica? ¿O qué materias se le presentaron tan arduas, que después de explicarlas él, no quedasen allanadas?

¿Haría por ventura Orígenes todo eso, valiéndose de los halagos, y embeleso de sus razonamientos bien compuestos, para embaucar a las gentes? Pues, entiéndase, que no solamente arguyendo, sino también, y mucho más, que otro alguno de los doctores de su tiempo, trayendo a propósito multitud de textos de las Sagradas Escrituras, fundaba sus persuasiones. ¿Se podrá acaso decir, que escribió pocos libros? Son tantos, que no sabemos de hombre alguno, que escribiese más: de modo, que apenas podría nadie, no digo, leer todo lo que Orígenes escribió, pero ni aun haberlo a las manos, por lo mucho, que es: habiéndole por otra parte ayudado a eso su larga vida: ¿y qué discípulos sacó? No menos que doctores y sacerdotes sin número, confesores, y mártires.

En consecuencia de todo lo dicho, ¿quién será capaz de contar, lo que a Orígenes admiraba el mundo entero, cuánto se esparció su gloriosa fama, y el mucho gusto, que daba a los que le oían, o leían? ¿Quién entre los que se preciaban de algo más piadosos, dejó de buscar a Orígenes, corriendo desde lejas tierras a jornadas tiradas, hasta dar con él? ¿Qué cristiano no le respetó, como a verdadero intérprete de los Libros canónicos, o como si fuese algún profeta inspirado por Dios? ¿Ni qué filósofo dejó de venerarle como a maestro? Y no tan solamente personas particulares; mas también se extendió hasta la altura del Imperio la reverencia de Orígenes, según nos consta por las historias, en que leemos, haberle llamado la madre del emperador Alejandro, incitada de la fama ilustre de un varón tan benemérito, para

oír de aquella boca la sabiduría celestial, que ella deseaba con ardor: y esto mismo denotan las cartas, que con un magisterio propiamente cristiano escribió Orígenes a Filipo, el primer emperador, que recibió la fe de Cristo.

Si acerca de la ciencia de Orígenes, que queda tan engrandecida, no quisiera alguno pasar por el testimonio mío, porque soy cristiano; fíese siquiera, y crea, lo que afirma un filósofo gentil, y muy averso al cristianismo. Porfirio, que era impío, dice, que de muchacho, llevado de la fama de Orígenes, fue a Alejandría, donde le vio ya muy anciano, pero tal, y tan grande en la literatura, que se había hecho dueño del alcázar de toda buena ciencia. Aunque quisiese yo gastar un día entero en contar todas las ventajas de Orígenes, antes se me acabaran las horas de ese día, que diera fin al compendio de la más pequeña parte de ellas; y en medio de eso, si por un lado parece, que todas ellas honraban al cristianismo, por otro lado sirvieron, para que con ellas tentase Orígenes más a los católicos. ¿Porque, cómo se habían de apartar del sentir de un sujeto de tan superior talento, erudición copiosa, y singular agrado? Antes bien cada uno tomaría por sí aquella como sentencia trivial, de que *más quería errar con Orígenes, que acertar con otros*.

¿Y para qué es menester decir más? Todo ello vino a parar, en que derribó de la fe a muchos esa tentación de un doctor tan grande: y no tentación, como quiera, de las que llamamos humanas, o ligeras, sino grave, peligrosa, muy urgente, y perjudicialísima, como se vio por los efectos. En cuya atención, lo que sacamos en limpio, es, que ese

Orígenes, tal como le hemos figurado, por abusar insolentemente de los dones de Dios, por aflojar demasiado las riendas de su ingenio lozano, por la satisfacción, que tenía de sí mismo, por tener en poco la sinceridad, y antigüedad de la religión cristiana, despreciando las tradiciones de la Iglesia, y los documentos de los ancianos; se puso a interpretar a su modo, y en un sentido nuevo algunos lugares de la Sagrada Escritura, con que mereció ser uno de aquellos, por quienes dijo Moisés, lo que citamos arriba: «*si de en medio de ti se levantare algún profeta*», y poco después; «*no oigas las palabras del tal profeta*», y más adelante; «*porque os tienta vuestro Señor Dios, si le amáis, o no*». Verdaderamente fue muy grande la tentación, en que puso Orígenes a los católicos, que por estar como pendientes de él, y aficionados a su ingenio, ciencia, elocuencia, y otras mil gracias suyas, no temían ni sospechaban cosa alguna mala de él: cuando de repente echaron después de ver, que los fue apartando de la verdadera religión, y llevándolos poquito a poco hacia las nuevas profanidades de la herejía.

No faltará, quién saque la cara a favor de Orígenes, diciendo; que los libros de Orígenes no permanecen conforme los escribió su autor, sino según los corrompieron otros, que los copiaron mal. No me opongo a eso, antes deseo, que sea así; y de hecho, eso dijeron, y escribieron varios autores católicos, y no católicos. Pero siempre es de advertir, que, sea del uno, o del otro modo, han tentado mucho a la Iglesia esos libros de Orígenes. Porque, dado caso, que no sintiese Orígenes, lo que traen sus escritos,

basta haber salido con su nombre tantos errores, y tan blasfemos, para que se piense, al leerlos, que son de Orígenes, y no de otro autor; con que se hizo daño a muchos fieles, si no por la herejía, que hubiese en su persona; por el nombre, autoridad, y fama, que dio a los libros, donde se leían tales errores.

Capítulo Décimo Octavo. Prendas de Tertuliano, que también tentó a la Iglesia.

Para el caso lo mismo que a Orígenes, sucedió a Tertuliano: pues a la manera de lo que es aquél entre los griegos, viene a ser estotro entre los latinos: es a saber, cada uno de ellos príncipe en su lengua. ¿Y a la verdad, quién fue más docto, ni más ejercitado en tratar de cosas divinas, y humanas, que Tertuliano? Porque él estaba impuesto en la filosofía con todos sus ramos, y en todas las sectas de los filósofos; qué autores, y defensores tuvieron, sus modos de enseñarlas, y lo tocante a varias historias, y demás género de erudición, y estudios; todo eso lo abarcó Tertuliano con la maravillosa amplitud de su espíritu capacísimo. ¡Qué diremos de su ingenio? ¿Por ventura no sobresalía en gravedad, y vehemencia de tal modo, que apenas se propuso cosa alguna qué combatir, sin que o la derrotase con la agudeza de sus discursos, o la demoliese con el peso, y fuerza de sus razones?

¿Pues en el atractivo de su persuasiva quién le alabará bastantemente? Él disponía sus argumentos, atándolos con legítimas consecuencias, y tan urgentes, que a los oyentes, que luego no se iban de bueno a bueno, por donde él quería, los llevaba a empellones; pronunciando casi tantas sentencias como palabras, y ganando una victoria con cada sentencia. Díganlo, (que bien lo saben) los mismos contrarios, los marciones, los apeles, los praxeas, los hermógenes, los judíos, los gentiles, los gnósticos, y demás canalla; cuyas blasfemias echó a rodar Tertuliano,

llevándoselas de calles con la armería de sus muchos, y grandes volúmenes, como si fuesen otras tantas descargas de rayos, y centellas.

Este hombrón, no obstante lo dicho, después de tantas, y tales proezas; ese mismo Tertuliano, poco constante en el dogma católico, o creencia universal de la antigüedad, y más elegante, que feliz, mudando después de parecer, hizo al cabo, lo que de él nos dejó escrito en bienaventurado confesor Hilario sobre el capítulo quinto de san Mateo por estas palabras: «*Con el error siguiente quitó la autoridad a lo que antes había escrito con grande aprobación*». Y así también contamos a Tertuliano entre los tentadores de la Iglesia.

No quiero hablar mucho de él; solo digo, que contra el aviso de Moisés, poniéndose Tertuliano de parte de las novedades de Montano, que se había enfurecido contra la Iglesia; y aprobando por revelaciones verdaderas, y profecías, las novelas, y sueños disparatados de unas mujeres locas: mereció, que le apliquemos a él con todos sus escritos, lo que tantas veces hemos repetido; «*Si se levantare un profeta de en medio de ti… no oigas las palabras de ese profeta… porque os tienta el Señor Dios vuestro, si le amáis, o no*».

Capítulo Décimo Nono. Regla general colegida de los ejemplos expuestos.

Quede, pues, en nosotros muy asentada la advertencia, que se nos hace clara, y palmariamente inteligible, en virtud de los ejemplos tomados de la historia eclesiástica, sin otros muchos, que se les podrían juntar de igual consonancia con el aviso de Moisés; y sea regla general sin excepción: que en todos los casos, que algún maestro, o doctor de la Iglesia se apartare de la antigua fe católica; la divina providencia pasa por ello, permitiendo, que así suceda, para tentar a los fieles, y hacer una prueba manifiesta, de quién es entre ellos, el que ama o no ama a Dios con toda su alma, y corazón: como se verá en el siguiente.

Capítulo Vigésimo. Se descubren los católicos fuertes, y los flacos, al empezar las herejías.

En atención a la certeza, y seguridad de la doctrina, que hemos dado, solo aquél se deberá tener por verdadero, y legítimo católico, que ama a la verdad de Dios, a la cabeza de la Iglesia, que es Cristo, y a su cuerpo místico, que componen todos los fieles, aquél, que nada antepone a la religión católica cristiana, no el respeto, ni amistad, que tenga con persona humana, ni otra alguna conexión; no el ingenio, ni la retórica, ni la ciencia; sino que, haciendo menos aprecio de semejantes cosas, y tratando de conservarse firme, fijo, y constante en su fe, al punto, que conoce, que algo es, y fue siempre abrazado universalmente por la Santa Madre Iglesia, se determina a abrazarlo desde luego, y a creerlo; y por el contrario, lo que de nuevo introduzca cualquiera, que sea, fuera del sentir común, o contra lo que sintieron todos los santos precedentes; se persuade el verdadero fiel, que nada de esas novedades inauditas, y desconocidas en los tiempos más remotos, pertenece a nuestra religión, sino que es tentación, o prueba, que quiere hacer de nosotros el Señor.

San Pablo en el capítulo undécimo de la primera carta a los corintios dice; «*Conviene que haya herejías, para que los aprobados se hagan manifiestos entre vosotros*». Como si dijera: por eso Dios no desarraiga prontamente a los autores de las herejías, porque quiere, que conste al público, quiénes son los aprobados; esto es, que se conozca, cuán tenaz, y

constante es cada uno en la afición a su creencia, mostrándolo claramente en la confesión de su fe, al tiempo de levantarse contra ella cualquiera novedad.

Y a la verdad, cuando empiezan a bullir las herejías, luego se echa de ver la gravedad, y valor del trigo respecto de la liviandad de la paja: porque fácilmente lleva el viento fuera del recinto de la era, lo que por su ligereza, y futilidad no tiene el peso, que el grano, para mantenerse allí. De esos cristianos poco graves algunos vuelan luego afuera, movidos del viento de la herejía, y otros comienzan a menearse, y quedan como indecisos, titubeando entre el miedo de perecer, y la vergüenza de reducirse a la compañía de los que son constantes en la fe, a manera de medio muertos, y medio vivos, en la fe, y muy semejantes, a los que han tomado alguna bebida ponzoñosa, pero ni en tanta cantidad, que baste, para matarles del todo, ni en tan corta cantidad, que les deje vivir sanos.

¡Válgame Dios! ¡Qué positura tan melancólica de gentes! ¡Qué inquietudes, y remolinos de desazones pasan por su interior! Ya les impele, y arrebata el aire de los errores, ya vuelven en sí, y según sucede con las olas agitadas de contrarios vientos, se estrellan, y deshacen dentro de sí mismos: ahora aprueban temerariamente aquello mismo, que les parece incierto, y poco después con un miedo irracional se asustan de lo que tienen por seguro; siempre en duda, de lo que han de seguir, o dejar, o por cuál camino irán o tornarán. Esa misma aflicción, y angustia de su corazón

mal suspenso, y fluctuante, es una medicina, que les envía la misericordia de Dios, si ellos aciertan a abrir los ojos.

Pues para eso, a los que no perseveran firmes en el puerto segurísimo de la fe católica, los sacuden, los azotan, y los ponen en peligro de muerte esas furiosas borrascas de sus mismos pensamientos, para que su espíritu altivo, y soberbio recoja las velas, que malamente había extendido el viento de las novedades, y busquen el sosiego, y reposo, que han menester, y hallarán en el seno de su serena Madre la Iglesia: donde, después de vomitar la amargura, y turbulencia, de que estaban mareados, beban las aguas dulces, y vivas, que saltan hacia la vida eterna. Olviden bien, lo que hicieron mal en aprender, y escarmienten para otra vez, entendiendo lo que pudieren de los dogmas de nuestra fe católica, y lo que no entiendan en esta vida, conténtense con creerlo.

Capítulo Vigésimo Primero. Exclama contra todos los herejes, redarguyéndolos con varios lugares de la Escritura.

Siendo lo que va escrito hasta aquí, como es, la verdad pura: una, y otra, y otras veces volviéndolo, y revolviéndolo yo, pensándolo, y recapacitándolo para conmigo a solas; no acabo de admirar la desmedida locura de los herejes, la gran impiedad de sus almas ciegas, y la ansiosa gana, y mucho gusto, que encuentran en sus errores: siempre noveleros, y malcontentos con la regla que hay para creer, y nos ha venido de la antigüedad, cada día andan en busca de cosas nuevas, y más nuevas, quitando, poniendo, o mudando algo de nuestros dogmas, como si ellos no fueran un don del cielo, o como si, lo que se nos reveló desde el principio, fuese falso, o no bastaran; o, como si fuera por ahí alguna invención meramente humana, que hubiese menester, irse poco a poco perficionando con enmiendas, correcciones, o reprensiones.

Bien declara la gente, que es, con semejante modo de proceder, su atrevimiento, y desvergüenza en contravenir a la Escritura, que clama en el capítulo 22 de los Proverbios: «*No pases de los términos, que te pusieron tus padres*»; y en el capítulo 8 del Eclesiástico, «*No juzgues a tu juez*» y en el décimo del Eclesiastés, «*quien derriba la cerca, será mordido de alguna culebra*»; y aquella advertencia del Apóstol, cuchillo, que ha sido, y será siempre, para degollar herejías, y se lee en el capítulo 6 de la primera carta a Timoteo, en que le dice: «*¡Oh Timoteo!, guarda el depósito,*

evitando las profanas novedades de las voces, y las oposiciones del falso nombre de ciencia, prometiendo la cual algunos, descaecieron acerca de la fe».

¿Es posible, que después de todo esto ha de haber algunos tan cerrados de mollera, y tan duros, y envejecidos en su pertinacia, que resistan, como yunques, o diamantes, a tantos golpes de tal máquina de textos sagrados, que no revienten con tanto peso encima, ni se doblen con tales martilladas, ni siquiera sientan el estrago con que les están amenazando esos rayos abrasadores?

«*Evita*, dice Pablo, *las profanas novedades de las voces*». No dice a su discípulo, que evite lo anciano, o antiguo; antes dio a entender, lo que en eso debía hacer, previniéndole, cómo se había de portar en lo contrario; pues, si lo que se ha de evitar, es lo nuevo, señal de que se debe insistir en lo antiguo; y, si a la novedad se la llama profana, señal, de que se tiene por sagrada a la ancianidad. «*Y a las oposiciones*, prosigue el Apóstol, *del falso nombre de ciencia*». Verdaderamente es falso el nombre de la ciencia de los herejes, porque ellos tiran a encubrir su ignorancia con el nombre de ciencia, sus obscuridades con el nombre de serenidad, y sus tinieblas, llamándolas luz.

«*Prometiendo la cual algunos,* añade el Apóstol, *decayeron acerca de la fe*». ¿Qué prometían esos, que se apartaron de la fe verdadera, sino una doctrina nueva, y desconocida de los demás? Porque suelen decir esos a varios: Venid acá simples, desdichados, nombrados por el vulgo católicos, aprended la verdadera creencia, que nadie

entiende, sino nosotros, por haber estado oculta muchos siglos, hasta poco ha, que se nos reveló; pero cuidado, que la habéis de aprender aparte, sin que nadie lo sepa, y veréis el gusto, que os da.

Después se sigue el encargo: en sabiéndola vosotros, enseñádsela a otros a escondidas, no de modo, que lo entienda el mundo, ni la Iglesia; por ser un secreto reservado a los capaces de él, que son pocos. ¿Por ventura no es esto, lo que figuraba aquella mala mujer del capítulo nono de los Proverbios de Salomón, que desde su ventana llamaba a los pasajeros, diciéndoles: «*el que de vosotros supiere menos, véngase acá conmigo*»? Con los insensatos habla, y prosigue, «*tomad el manjar oculto, y bebed a hurtadillas de la agua dulce… Y no conoce el infeliz, que allí perecieron los hijos de la tierra*». Quienes eran esos, el Apóstol lo dice: los que erraron en las cosas de la fe.

Capítulo Vigésimo Segundo. Amplíase más la explicación del aviso de san Pablo a Timoteo.

Conviene, que tratemos con algo más de diligencia el citado lugar del Apóstol. «¡*Oh Timoteo!*, dice, *guarda el depósito, evitando las profanas novedades de las voces*». ¡Oh exclamación igualmente profética, que cristiana! Estaba previendo entonces san Pablo los errores venideros, y ya le daban pena. ¿Quién es en el día de hoy ese Timoteo, con quien habla el Apóstol, sino, o toda la Iglesia en general, o con más especialidad el cuerpo entero de los prelados, que deben conservar incorrupta la ciencia de las cosas divinas para sí, y para enseñar a sus súbditos? ¿Qué quiere decir; guarda el depósito? Ten cuenta de él por los ladrones, que hay; no sea que algún enemigo, mientras tú duermas descuidado, venga a sembrar su cizaña, mezclándola con el buen trigo, sembrado en la heredad del hijo de la Virgen.

Guarda el depósito. ¿Y qué depósito? Es decir, lo que en ti se ha depositado, lo que recibiste en confianza, lo que te entregaron; no cosa inventada por ti, ni la que tú discurras; no lo que nazca de tu ingenio, sino lo que te enseñaron; no cosa particular, y privativamente tuya, sino de la pública Tradición; lo que ha llegado a ti por medio de otros, no lo que salga de tu cabeza: en suma, ha de ser cosa, de que tú no seas autor, sino custodio, seguidor, y no instituidor, que te gobierne a ti, y no tú a ella. Guarda el depósito; esto es conserva el talento de la fe católica, sin adulterarle, ni violarle. Lo mismo, que se te ha fiado, eso permanezca en ti,

y eso has de entregar a los otros. Oro recibiste; oro has de volver: no des una cosa por otra. No me trueques el oro por plomo, que sería desvergüenza: ni por azófar, que sería fraude: no te piden cosa parecida al oro, sino el oro mismo.

¡Oh Timoteo!, ¡oh sacerdote!, que tratas las cosas de la fe; ¡oh doctor!, si Dios te hizo la merced de un buen ingenio, si en ti hay sólida doctrina, y ejercicio competente: haz por ser otro Beseleél del tabernáculo espiritual, labra bien las piedras preciosas de nuestros dogmas, coordínalas diestramente, trátalas con toda fidelidad, adórnalas, y dalas el lustre, gracia, y belleza, que pudieres. Entiendan mejor tus oyentes, explicándoselo tú, lo mismo, que ya tenían creído ellos, y percibido obscuramente. Dente gracias los menores, de haber conocido con más distinción lo mismo, que veneraban ya, aunque no lo percibían con tanta claridad. Cuidado, que no sean otras las cosas, que has de enseñar, sino las mismas, que te enseñaron a ti: de suerte, que las cosas no han de ser nuevas, aunque sea nuevo el modo de enseñarlas.

Capítulo Vigésimo Tercero. De los adelantamientos, que caben en el dogma, sin dejar jamás de ser el mismo.

¿Pues qué? ¿La Iglesia no ha de ir adelantando algo en la religión? Digo, que sí, y muchísimo. ¿Porque, quién ha de querer tan mal a los hombres, y hacerse odioso aun al mismo Dios, prohibiendo una cosa como esa? Vaya enhorabuena la gente adelantando en la fe; pero no la mude. Entonces se adelanta en una cosa, se aprovecha, y se va creciendo, cuando en sí misma se va haciendo mayor; y entonces se muda, cuando dejando de ser la misma, se convierte en otra cosa. Auméntese, luego, y crezca bien, cuanto se quiera, la fe, no solo de los particulares, mas también del común de los fieles; no precisamente la de cada uno, sino la de la Iglesia universal, conforme vayan corriendo los siglos, y las edades; haya más inteligencia, más ciencia, y más sabiduría; pero sin salir de su género, sin salir de los mismos dogmas, persistiendo en el mismo sentido, y en la sentencia misma. Sigan en sus aumentos las almas el ejemplo de los cuerpos, que van creciendo; y aunque con el transcurso de los años desplieguen, y desarrollen sus miembros, quedan siempre tantos, y los mismos, que eran al principio. Diferencia hay, y no pequeña entre la edad florida de los niños, y la madura de los ancianos; pero los que se hacen viejos, los mismos son, que los que habían sido muchachos; pues, aunque se altere el estado, y habitud de cualquiera hombre, él siempre conserva la naturaleza misma, y en sí es la misma persona. Pequeños son los miembros de los recién nacidos, y más grandes los miembros de los mozos; y no son otros, sino los mismos

miembros. Tantas articulaciones tiene el chico, como el grande: y si en los adultos se ve algo, que no se había descubierto en la niñez, quedó sigilado en el niño, desde que fue engendrado, para que se manifestase al tiempo conveniente; de suerte, que todo lo que se descubre en los viejos, estaba como escondido en los niños.

De donde se infiere, que el legítimo, y buen orden, que guardan los cuerpos humanos, para crecer, es, ir cobrando con el tiempo mayor grandeza aquel mismo número de partes, que componen al cuerpo, siguiendo en la figura, y colocación de ellas entre sí, lo que antes había ya formado la sabiduría del Criador. Y si sucediera, que algún individuo de la naturaleza humana se convirtiese, andando los días, en la figura de otra especie, o se le añadiera algún miembro, que faltase a los demás hombres, o se le resumiese dentro de sí, desapareciendo por de fuera: este tal, que suponíamos ser hombre, o sería un monstruo, o había de perecer presto su cuerpo, o quedar muy débil, cuando menos. Pues a ese modo, el dogma de la religión cristiana va creciendo por las mismas reglas proporcionalmente que los cuerpos; es a saber, que con el tiempo el dogma se consolida, se dilata, y se aumenta, pero permaneciendo el mismo, sin quitar, ni añadir cosa substancial a su ser; solamente haciendo en sí mayores aquellas mismas partes del dogma, hasta llenarse, y perficionarse las medidas de sus miembros, y propiedad del sentido, que pide; porque no admite variaciones, ni menoscabos de lo que le es propio, ni mudanza, o alteración

alguna en lo que ya está determinado, y suficientemente intimado a todos.

Contraigamos esto más a nuestro asunto. Sembraron antiguamente nuestros mayores en la heredad de la Iglesia una semilla buena, como si dijéramos, trigo escogido: pues sería cosa incompetente, y fuera de todo buen término, y razón, que nosotros los fieles, que venimos tras de ellos, en lugar de segar el trigo de la buena doctrina, hayamos de coger cizaña de errores; antes parece justo, y consiguiente a la siembra, que no discrepando los últimos de los primeros, y de los de en medio, cojamos todos la mies del propio dogma, que sea trigo escogido, y no cizaña; de manera, que desenvolviéndose el grano, que se sembró, parezca después en mayor cantidad con el cultivo, en más lozanía, y gracia, pero siempre trigo. Espíguese enhorabuena, tenga su incremento, distinción, y hermosura, pero no se pierda la naturaleza de la semilla. Porque sería lástima, y no permita Dios, que el sentido católico de la Escritura, siendo de suyo como una planta que da rosas hermosas, y muy suaves, se haga por nuestro vicio algún matorral de zarzas, y de carrascos. No permita Dios, que en el espiritual paraíso de la Iglesia, que solo abunda de árboles salutíferos, y aromáticos, como son los del bálsamo, y cinamomo, salgan por renuevos de ellos otras yerbas malas, y venenosas. Todo lo que en la Iglesia de Dios se ha sembrado con la fe de nuestros padres, eso mismo cuídese, y cultívese con la industria de los hijos, eso reverdezca, florezca, y madure; eso mismo, y no otro, es lo que ha de crecer, y perficionarse.

Conveniente es, y muy loable, que los antiguos dogmas de nuestra celestial filosofía adquieran con el tiempo mayor lucimiento, a puro cuidarlos, limarlos, y pulirlos; pero no es loable, conveniente, ni lícito, el mudarlos, ni descabalarlos de alguno de sus miembros, sean principales, o menos principales. Déseles toda la evidencia, claridad, y distinción, que se pueda; pero reténgase, como es justo, su plenitud, integridad, y propiedad: porque una vez que tuviera para eso licencia la impiedad, da horror el decir el peligro, a que se exponía nuestra religión, de ser despedazada, y aun borrada del todo, sin que quedase señal de ella, pues desechada una partícula suya, se abría la puerta para desechar otra, y otras, teniéndose eso ya por lícito, y una a una desechadas las partes del dogma se vendría a desechar el catolicismo del todo.

Por otro lado, si da en mezclarse lo nuevo con lo viejo, lo forastero con lo de casa, y lo profano con lo sagrado: nada quedará entero en la Iglesia, intacto, y puro; y se pondrá en el sagrado sitio de la incorrupta, casta, y hermosa verdad a la prostitución de las impiedades, errores, y torpezas. La divina misericordia aparte de nosotros semejante maldad, y caiga esa maldición sobre las cabezas de los impíos, que no quieren someterse a las verdades de la fe católica. La Iglesia de Cristo, atenta siempre a guardar dentro de sí con cautela el depósito de sus dogmas, nada muda de ellos, nada quita, nada pone: no quita lo necesario, no pone lo superfluo; no pierde lo suyo, ni ha menester lo ajeno; solamente tira, a tratar fielmente, y con prudencia sus antigüedades. Cuando

halla en ellas algo que esté poco formado, o como en embrión, lo fomenta, y pule; si ya está formado, y claro, pero tierno, lo consolida, y fortalece, y lo que ya está confirmado, y definido, lo conserva así como está.

¿Y qué fue, lo que intentó la Iglesia con los decretos de sus concilios, sino hacer, que se crea con más diligencia, y distinción lo mismo, que antes ya se creía en cerro; que se pregone más, lo que antes se pregonaba menos; y que la gente se aplique a cultivar con mayor esmero lo mismo, en que antes no gastaba tanta labor? Esto, y nada más ha ejecutado siempre la Iglesia, excitada por las novedades de los herejes: conviene a saber, dar por escrito en sus definiciones a los fieles lo mismo, que ella había recibido por Tradición, encerrando en pocas palabras cosas muy notables; y para su mejor inteligencia, usando muchas veces de vocablos nuevos, que significasen el sentido, no nuevo, sino antiguo de la fe.

Capítulo Vigésimo Cuarto. Vuelve a la explicación del aviso de san Pablo a Timoteo.

Decía el Apóstol a su discípulo: «*¡Oh Timoteo!, evita las profanas novedades de las voces*». No es nada la palabra *evita*; que fue decirle: guárdate como de una víbora, de algún escorpión, o basilisco, porque no te dañen, no solo con su contacto, pero ni con su mismo aliento, ni con su vista. ¿Qué percibimos en esta expresión de *evitar*, sino lo que el mismo Apóstol nos previno en el capítulo quinto de la primera carta a los corintios diciendo: «*Con semejante gente ni sentarse a comer en una mesa*»? ¿Qué es eso de *evitarlos*? Lo que también nos advirtió el otro apóstol san Juan en su epístola segunda por estas palabras: «*Si va alguno a estar con vosotros, y no os lleva esta doctrina…*» ¿Qué doctrina, sino la católica, la universal, la misma única, que en virtud de la Tradición constante dura en todas las edades, que se van sucediendo, y durará perpetuamente por todos los siglos? ¿Qué se ha de hacer con esos, que no llevan la doctrina católica? «*No queráis*, añade san Juan, *recibirlos en vuestras casas, ni tan siquiera los saludéis: pues el saludar a esos, es señal de comunicar en sus malignos procederes*».

Prosigamos con las expresiones de san Pablo: «*las profanas novedades de las voces*». ¿Qué entiende por *profanas*? Las que nada tienen de sagradas, nada de religiosas, sino cosas extrañas de la Iglesia Católica, que es el Templo de Dios, en que no es justo, tengan entrada. De las *voces* dice; y aquí se toman las voces por las cosas

significadas por ellas, por los falsos dogmas, por las sentencias nuevas, contrarias a las de nuestros padres antiguos. Porque si se admiten novedades en la fe, es menester desechar o en el todo, o en parte, lo que creyeron nuestros mayores, tantos bienaventurados fieles católicos, como nos han precedido, tanta multitud de santos, de continentes, castos, y vírgenes, tanto número de clérigos, levitas, y sacerdotes, millares de confesores, ejércitos de mártires, pueblos enteros, ciudades, provincias, islas, naciones, y reinos, con todos sus reyes, y vasallos: en suma, casi todo el orbe, que por la fe se incorporó con su cabeza Cristo, vendremos a dar por cierto, que todos esos juntos fueron unos blasfemos, ignorantes, que no supieron lo que se creían.

Clame, pues, san Pablo: «*Evita las profanas novedades de las voces*»: porque nunca fue de católicos el admitirlas, así como el introducirlas siempre fue propiedad de todos los herejes. Y valga la verdad; ¿qué herejía empezó a moverse jamás, sino tomando de nuevo algún nombre particular, y en lugar, y tiempo determinado? ¿Quién jamás inventó herejía alguna, sin que se apartase del consentimiento universal, y antiguo de la Iglesia? Pongamos ejemplos claros. ¿Quién antes del profano Pelagio presumió dar al libre albedrío del hombre tantas facultades, que no hubiese menester la gracia de Dios, para que le ayudase a obrar bien en cada uno de sus actos? ¿Quién antes de su discípulo Celestio se atrevió a negar, que todo el género humano quedó reo de la desobediencia de Adán?

¿Quién antes del sacrílego Arrio rompió la unidad de la divinidad de las tres divinas Personas; ni antes del malvado Sabelio, confundió la pluralidad de la Santísima Trinidad? ¿Quién antes del ferocísimo Novaciano tuvo por cruel a Dios, afirmando falsamente de él, que antes, y más quería la muerte del pecador, que su vida, y conversión? ¿Quién antes de Simón Mago justamente castigado con el rigor apostólico (del cual ha venido por oculta, y continuada sucesión hasta Prisciliano un diluvio de torpezas) quién sino ese Simón empezó a tachar a nuestro óptimo Criador, teniéndole por autor de lo malo de nuestras impiedades, y torpezas, y de todos los demás pecados, que cometemos? Eso viene a decir, cuando asegura, que Dios por su propia mano hizo a la naturaleza humana de tal calidad, que de suyo fuese su voluntad movida, e impelida tan necesariamente hacia lo malo, que ninguna otra cosa pudiese, ni quisiese, sino pecar, agitada de las furias de los vicios, y encendida en una concupiscencia inextinguible; sintiéndose arrebatar, sin poder resistirlo, y sumergirse en el abismo de todas las maldades. Otros ejemplos sin número se podrían traer en confirmación de lo mismo; pero, evitando prolijidades, basten los alegados, en que se conoce palpablemente, que el estilo, y como regla, y ley, con que siguen siempre las herejías, es el blasonar de las novedades profanas; fastidiándose fácilmente de las antiguas tradiciones; y el venir a naufragar en la fe, por dar en oponerse a los demás, tomando el falso nombre de ciencia. Por el contrario es propio de los católicos, guardar el depósito, que sus padres antiguos les han fiado; condenar toda nueva profanidad; y

como dijo una, y otra vez el Apóstol: si alguno anunciare otra cosa, fuera de lo que habéis recibido, anatematizarle.

Capítulo Vigésimo Quinto. De cómo los herejes usan de textos de la Escritura, para engañar más fácilmente.

No faltará, quién me pregunte, si los herejes usan también de los testimonios de la divina Escritura: a que respondo, que sí, y mucho de eso. Es de ver, cuántos de ellos van corriendo de presto, y aun vuelan, picando este, y aquel Libro canónico, sea de Moisés, o de los Reyes, o Salmos, Profetas, o Evangelistas. En sus conversaciones con los domésticos, y con los extraños, en secreto, y en público, hablando, o escribiendo, comiendo, o andando por las calles, apenas dicen cosa, a que no hagan aludir algún texto, que citan de las Sagradas Letras. Puedes leer, si tienes a mano, las obras de Paulo Samosateno, de Prisciliano, de Eunomio, de Joviniano, o de otras pestes semejantes; y hallarás ejemplos a montones; y que apenas hay en sus escritos plana alguna, que no esté sembrada de sentencias del Viejo, y Nuevo Testamento, superficialmente, y con dolo traídas a su intento.

Pero tanto más debe guardarse de ellos el católico, y tanto son de temer más, cuanto más andan a sombra de cubierto, escondiéndose sus malas intenciones debajo de la especiosa capa de las divinas Letras. Saben que no tardarían en desagradar a cualquiera sus errores con el hedor que echan de sí, si no le templasen, exhalando al mismo tiempo la mezcla de otro olor suave, y aromático, tomado de los textos sagrados: para que los oyentes, que despreciarían el error, luego que le barruntasen, le admitan, por el respeto,

que merecen las palabras celestiales de la Biblia; a la manera que a los niños, para que no rehúsen tomar la bebida amarga, les ponen un poquito de miel en el borde de el vaso, por donde beban la purga; o como si se brindase a la gente con algún veneno, publicado con el rótulo de alguna medicina muy salutífera.

Esto nos tiró a prevenir el Salvador, diciéndonos al capítulo séptimo de san Mateo: «*Observad a los falsos profetas, que se llegarán a vosotros, vestidos de ovejas, siendo lobos rapantes en su interior*». ¿Cuál es el vestido de oveja, sino lo que dijeron los profetas verdaderos, y los discípulos de Cristo? Pues todos estos con su inocente sinceridad entretejieron la tela de sus acciones, y palabras, como sencillas ovejas, asemejándose cada cual a su modo con el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo. ¿Y quiénes son los lobos rapantes, sino los herejes, que con fiera rabia acometen al aprisco de Cristo para lacerar, en cuanto puedan, a la congregación de los fieles cristianos?

Pero, para introducirse más falazmente con las incautas ovejas, dejan a un lado la superficial exterioridad de lo que son realmente en su fondo interior, y se envuelven por defuera con el vellón de las sentencias sagradas, intentando, que los sencillos, al sentir la suavidad de las voces de Dios, que resuenan en sus labios, no teman las mordeduras de sus dientes. ¿Y, para precaver eso, qué nos dejó dicho el Salvador? «*Por sus frutos los conoceréis*»; es a saber, al tiempo que empiecen ellos, no solo a pronunciar las palabras

de Dios, sino también a declararlas, y a interpretarlas a su modo, y según su sentir, entonces se echa de ver su amargura, su acerbidad, y su rabia; entonces se percibe el tufo de la ponzoña moderna; entonces se harán manifiestas las novedades profanas; entonces es, cuando se ve que intentan echar por tierra las tapias del místico cercado de la Iglesia Católica; y entonces se pasa de los términos señalados por nuestros padres, se vulnera la fe, y se despedazan los dogmas de nuestra religión.

De ese jaez eran los que censura san Pablo en el capítulo undécimo de la carta segunda a los corintios diciendo: «*Los pseudoapóstoles son unos obreros, que engañan a escondidas, transfigurándose en verdaderos apóstoles de Cristo*». ¿A qué se reduce esa transfiguración? A esto: proferían los verdaderos apóstoles ejemplos de la Ley de Dios; también los proferían los apóstoles falsos: los apóstoles legítimos traían autoridades de los Salmos; también las traían los otros: y lo mismo sucedía con los lugares de los demás profetas, y otros autores canónicos. Pero, si en alegar textos se asemejaban los malos a los buenos, no se asemejaban en el sentido, que les daban; y por esta diferencia de exposiciones se discernían los dobles de los sencillos, los legítimos de los espurios, y los verdaderos de los falsos.

«*Ni es eso de admirar,* prosigue el Apóstol, *porque también el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz*»: No es mucho, pues, que sus ministros se transfiguren en otra cosa, que lo que son. Luego, según esa doctrina de san

Pablo, todas las veces que los pseudoapóstoles, o pseudoprofetas, o pseudodoctores, manejan las sentencias divinas, interpretándolas mal, para entablar sus errores, no hay duda, que siguen en sus maquinaciones fraudulentas las huellas de su autor, y maestro Satanás, que ciertamente no lo ejecutara así, si no supiese, que el modo más fácil de engañar, es el encubrir la fealdad del error con la belleza de las expresiones de la misma verdad.

Capítulo Vigésimo Sexto. Pruébase, que el diablo también alega textos mal interpretados.

Si se me pide la prueba, de cómo el diablo, abusando de los textos de la Escritura, da ejemplo a los herejes, para que se transfiguren en lo que no son: óigase este testimonio del capítulo cuarto de san Mateo «*Entonces tomó el diablo* (a nuestro Señor) *y le puso encima del pináculo del templo, y le dijo: "Si eres Hijo de Dios échate de ahí abajo, porque escrito está, que a cerca de ti mandó Dios a sus ángeles, que te guarden en todos tus caminos, y te alzarán en sus manos, para que no tropieces acaso con tus pies en alguna piedra"*». ¿Qué hará con nosotros, hombrecillos desdichados, el que tuvo osadía, para acometer con textos de la Escritura a la majestad de Cristo? *Tírate*, le dice, *de ahí abajo*. ¿Por qué? *Porque escrito está*.

Con mucho cuidado hemos de atender, y conservar con diligencia en la memoria la doctrina de este lugar del Evangelio: porque con el ejemplo de esta grave autoridad, siempre que oigamos citar las palabras del Viejo, o Nuevo Testamento, en contra de lo que nos intima la fe católica, no pongamos la menor duda, en que los que hablan de esa suerte, siguen al diablo, o el mismo Satanás habla por la boca de ellos. Pues, así como entonces la cabeza de ellos habló a nuestra cabeza Cristo; ellos, que son miembros del demonio, nos hablan a nosotros, que somos miembros de nuestro Salvador; esto es, los pérfidos a los fieles, los sacrílegos a los religiosos, los herejes a los católicos. ¿Y qué

dicen en suma? «*Si eres hijo de Dios, arrójate de ese lugar alto*»; como si dijeran; si quieres por hijo de Dios heredar el reino de los cielos, échate acá abajo; es a saber, déjate de esas tradiciones, y dogmas empinados del templo de Dios, que es la Iglesia universal.

Si alguno les aprieta, para que digan, por qué se ha de apartar la gente de la fe de la Iglesia Católica; responden sin pararse: *porque escrito está*; y empujan textos a docenas, ejemplos, y autoridades de la Biblia, para que con sus testimonios mal interpretados, determine algún infeliz desde la sublimidad de su verdadera creencia precipitarse en el abismo horrible de la herejía. Después se ofrecen montes, y morenas a los incautos, que simplemente les dan crédito; y es de pasmar el gran número de los que con esa astucia, y malas artes caen en sus redes.

Pues se atreven a enseñar, y a prometer a sus discípulos el privilegio de una gracia de Dios muy especial, y como que les asistirá la misma gracia en persona; para que sin trabajo, ni industria, ni cuidado alguno de su parte, sin buscar, ni pedir, ni llamar, vean cómo acude Dios a favorecerles, y los ángeles a llevarles en sus palmas, y a protegerles en todo tiempo, y lugar, guardándoles, y librándoles de tropiezos, y caídas en el peligroso camino de la salvación.

Capítulo Vigésimo Séptimo. Modo de discernir los católicos en las citas de los textos, cuando los alegan bien, o mal los herejes.

Dirán mis lectores: una vez, que de las palabras de Dios abusan los diablos, y sus secuaces, los falsos apóstoles, pseudoprofetas, y malos maestros, como son todos los herejes; si de las sentencias canónicas, y de sus promesas forman sus argumentos; ¿qué harán en ese caso los católicos, y buenos hijos de la Iglesia? ¿De qué suerte en las Escrituras Sagradas podrán distinguir, cuál es el sentido verdadero, y propio de ellas, ni cuál el falso, que las atribuyen esos malvados? Respondo, que para eso ejecuten con atención, y mucha vigilancia, lo que al empezar este **Conmonitorio**, dijimos haber tomado de varones insignes en santidad, y doctrina.

Dijimos, que se ha de entender la Biblia según las tradiciones de la Iglesia universal, y las reglas de los dogmas católicos; de modo, que se ha de seguir en la Católica, y Apostólica Iglesia la universalidad, la antigüedad, y la uniformidad de sentimientos. Pero en el caso de oponerse alguna parte al común sentir, o de que vaya lo nuevo contra lo antiguo, o tal cual particular contra todos los demás, o muchísimos de ellos; se deberá preferir a la corrupción del particular, o particulares la entereza, y sanidad del resto de la Iglesia.

En esa misma pluralidad, o universalidad, dijimos, que se había de respetar más la religión de los antiguos, que la profanidad de los nuevos; y que aun entre esos mismos

antiguos no se haga caso de lo que dijeron temerariamente algunos pocos, cuando hay en contra decisión de algún concilio general; y que a falta de semejante decisión, se esté a lo que más se acerca a las decisiones conciliares, que son las sentencias conformes de muchos maestros, y grandes santos, tan grandes en la santidad, como en el magisterio, que ha habido siempre en la Iglesia. Practicadas bien estas diligencias, no será dificultoso, que con la ayuda de Dios vengamos a conocer el error de cualquiera herejía, que se levante de nuevo.

Capítulo Vigésimo Octavo. Combinación de las sentencias de los padres antiguos, para censurar las herejías, que de nuevo se levanten.

Consiguiente, parece, a lo que vamos razonando, el declarar con algún ejemplo el modo con que se podrán descubrir, y reprobar las herejías, que se suscitaren de nuevo; trayendo a colación las sentencias uniformes de los antiguos maestros de la Iglesia, cuyo consentimiento acorde hemos de investigar, y seguir en las cuestiones, no de poca monta, sino graves, y que tocan a la fe, y al dogma. No porque hayamos de tomar eso por norma, y por única regla siempre, para rebatir todas las herejías, sino las recientes, y que de nuevo se levantan, al tiempo de nacer, y antes de darlas lugar, de que perviertan a muchos, arraigándose, y extendiendo más, y más su veneno.

Las herejías envejecidas, y que como los cismas de larga duración, han cundido ya por muchas partes, se deberán, o convencer con testimonios claros de la Sagrada Escritura, o evitarse, huyendo de ellas, y de sus secuaces; y ya habrán de estar censuradas, y reprobadas por algún concilio general. Luego, pues, que empiece a percibirse la podredumbre de algún error semejante, y que, para mantenerse, y aumentarse abusa de las palabras de Dios con intención de engañar; al punto se han de procurar registrar los escritos de los padres antiguos, y juntar las exposiciones, que hayan dado a esos mismos textos, que alegan los herejes, o a otros equivalentes lugares de la Biblia; y al careo de esas

sentencias se descubrirá cualquiera novedad profana, para convencerse, y rebatirse.

Pero no se traigan a recuento las sentencias de todos los autores antiguos, sí solo las de los padres, que vivieron, y murieron sabia, constante, y santamente en el gremio de la Iglesia, enseñando con perseverancia lo mismo, y siendo tal vez, además de doctores fieles, también mártires de Cristo, como efectivamente lo fueron algunos, y aun muchos de ellos. Si todos esos, o los más de ellos afirman clara, constante, y frecuentemente alguna cosa de fe en un mismo sentido, creyéndolo así ellos, y enseñándolo a los demás fieles, como si los referidos padres se hubiesen hallado juntos en algún concilio: eso es, lo que se ha de tener por cierto, sin dudarlo más en adelante. Lo que solo alguno de los tales diga, fuera, o contra lo que dijeron todos los otros, por más condecorado, que esté con el título de obispo, y aunque sea un santo; apártese su dicho de la publicidad de la fe, y repútese por opinión particular suya, oculta, y privada; no sea, que con sumo peligro de la salvación eterna desechemos la verdad antigua del dogma universal, como hacían los herejes, y cismáticos; abrazando en su lugar el error, que inventase alguno solo, o algunos pocos.

Y, porque no se piense, que es de despreciar, o poco digno de seguirse el uniforme, y bienaventurado consentimiento de nuestros mayores, que así nos le dejaron firmado en sus escritos, oigamos a san Pablo en el capítulo duodécimo de la carta segunda a los corintios, donde pone estas palabras: «*Y ciertamente a algunos puso Dios en su*

Iglesia, en primer lugar por apóstoles, en segundo por profetas, y en tercer lugar por doctores». A estos últimos llamamos, y aun el mismo Apóstol a veces los llama también profetas, o intérpretes de los misterios, que encierran las Escrituras Sagradas, para descubrírselos a los pueblos.

A unos doctores como estos, que la divina Providencia ha enviado a la Iglesia, produciéndolos en distintos tiempos, y lugares, y haciéndolos convenir en un mismo sentir acerca de los dogmas del cristianismo, nadie los debe despreciar: porque sería despreciar, no tanto a los hombres, como al mismo Dios. Además de que el Apóstol en el capítulo primero de la primera carta a los corintios manda a los fieles, que no discrepen de su sentir, diciéndoles: «*Ruégoos, hermanos, que todos digáis una misma cosa, y no haya cismas entre vosotros; sino perseverad firmes en el mismo sentir, y en la misma sentencia*». Y si alguno sintiere de otro modo, le tocará el otro aviso, o amenaza del capítulo catorce de la misma epístola: «*No es Dios de disensiones el nuestro, sino Dios de paz*»; es a saber, de los que permanecen en la unidad con los demás, y no de los que se apartan de ella.

Añade el Apóstol en el mismo lugar, *como lo enseño yo en todas las Iglesias de los santos*; se entiende, de todos los católicos, que persisten en comunicar con nosotros en el mismo sentir, que es propio de los que son santos. Por si acaso pretendiese alguno, que a él solo se le oyera, y creyera, sin hacer caso de los demás, un poco después dice: «*¿Acaso la palabra de Dios empezó por vosotros, o llegó a vosotros nomás? Si es, que hay entre vosotros algún profeta, o varón*

espiritual, conozca, que lo que digo, mandatos son de Dios». Y porque no sospecharan, que hablaba como de paso, y sin mucha reflexión, dice finalmente: *quien ignora, será ignorado*. Fue decirles; quien se descuida, en aprehender lo que no sabe, o no trata de observarlo, se le ignorará a él; esto es, se le tendrá por indigno, de que Dios le mire con los ojos, que a los unánimes en la sumisión a sus mandatos, y en la conformidad de un mismo sentir. No se yo, qué se pueda imaginar cosa más acerba, que ese abandono de Dios, según hemos visto, que acaeció a aquel pelagiano el infeliz Juliano, que o no quiso incorporarse con los demás católicos, o por mejor decir, se desmembró de ellos.

Pero ya es razón, que traigamos el ejemplo, en que se vea, cómo se han de recoger las autoridades uniformes de los padres antiguos, para que pueda un concilio establecer la regla de lo que se ha de creer, formando sus decretos a la conformidad de las sentencias referidas, después de registrarlas, y combinarlas bien. Este ejemplo con más comodidad se podrá proponer por extenso, dando aquí fin a este **Conmonitorio**, y tomando otro principio para lo restante de mi obra.

Nota: El segundo **Conmonitorio**, o parte, o libro de este tratado se perdió, sin quedarnos más, que un poco de la postre, que es cierta recapitulación de ambos libros, que vamos a dar en los cinco capítulos siguientes.

Capítulo Vigésimo Nono. Epílogo de lo contenido en los dos **Conmonitorios**, o Libros de Vincencio Lerinense.

Ya es tiempo de resumir en pocas palabras, lo que dijimos más a la larga en los dos **Conmonitorios**, o partes de mi tratado. Dijimos arriba, que siempre se estiló, y estila entre los católicos, el afianzar su verdadera fe sobre estos dos firmísimos estribos, la autoridad de la Sagrada Escritura, y la Tradición antigua de la Iglesia Católica; no porque no baste para todo la Escritura divina, sino porque cada uno explica a su modo las palabras de Dios; dividiéndose en varias opiniones erróneas: y por tanto se hace necesario recurrir a la inteligencia, que la Iglesia Católica da a los Libros canónicos, para fijar su verdadero, y legítimo sentido; se entiende, en los puntos fundamentales de los dogmas católicos. ═ Dijimos también, que en la misma Iglesia había de atenderse al consentimiento universal antiguo, para no despedazarnos en algún cisma, dejando la unidad, y entereza de la fe, o pasar desde la religión de nuestros mayores a precipitarnos en las novedades de la herejía.

También dijimos, que en esa misma antigüedad debíamos observar con todo cuidado dos cosas, a que estuviésemos siempre arrimados, si no queríamos ser tocados de la herejía: una es, lo que ya está antiguamente decretado por algún concilio general, que haya tocado el punto: y otra, que a falta de estos decretos conciliares, recurramos a las sentencias de aquellos santos padres, que fueron en su tiempo maestros aprobados en la Iglesia, permaneciendo en

su comunión, hasta morir; y, lo que todos ellos unánimemente defendieron, y enseñaron, eso hemos de reputar sin escrúpulo, por católico, y por el verdadero sentir de la Iglesia.

Y, para que esto no se atribuya a alguna presunción de nuestro capricho, sino a cosa autorizada por la misma Iglesia; pusimos el ejemplo del santo concilio, que tres años ha, se celebró en Éfeso ciudad de la Asia, siendo cónsules los clarísimos varones, Baso, y Antíoco: donde, después de disputarse acerca del establecimiento de las reglas de la fe, para que no se introdujese alguna novedad, ni se siguiese la manera del conciliábulo Ariminense; a todos los sacerdotes del Señor, que allí se juntaron, en número como de doscientos, les pareció lo mejor, lo más allegado a la dignidad de nuestra fe sacrosanta, y al catolicismo, el traer a colación las sentencias de los santos padres, de quienes constase, haber sido mártires, y confesores de Cristo, o por lo menos, sacerdotes del Señor, y doctores católicos hasta morir. Por el sentir uniforme de éstos se confirmó, y declaró, lo que era de fe desde la antigüedad, y se condenó la blasfemia de la novedad profana. Hecho esto se censuró a Nestorio, como impío, y contrario a la antigüedad, y se declaró por legítimo católico, y seguidor fiel de nuestros mayores al bienaventurado Cirilo. Para que nada quedase menos acreditado en la relación de todo esto, pusimos (aunque por su orden no era fácil, a causa de habérsenos olvidado) los nombres, y el número de los padres, a cuyas sentencias unánimes se atendió, para declarar el sentido de la

Sagrada Escritura, y establecer la regla del dogma católico de la fe: y los voy a recontar ahora, para que perseveren más fijos en la memoria.

Capítulo Trigésimo. Señálanse los santos padres, a cuyos escritos se atendió en el concilio Efesino, para condenar a Nestorio.

Estos son los padres, cuyos escritos se leyeron en el referido concilio, para juzgar según ellos sintieron.

San Pedro obispo de Alejandría, doctor muy aventajado, y mártir beatísimo.

San Atanasio también obispo de Alejandría, maestro fidelísimo, y eminentísimo confesor.

San Teófilo obispo de la misma ciudad, varón clarísimo en la fe, ciencia, y costumbres; a quien sucedió en la misma silla, que hoy ocupa con grande lucimiento, el muy digno de veneración Cirilo.

Y porque esta doctrina no se tuviese por particular de alguna ciudad, o sola de alguna provincia; se juntaron a los referidos aquellas tres lumbreras de Capadocia:

San Gregorio Nacianceno obispo, y confesor.

San Basilio Cesariense obispo, y confesor.

Y el otro san Gregorio Niceno, digno hermano del citado san Basilio, por su fe, integridad de vida, y gran sabiduría.

Y para que se viese, que, como sentía la Grecia, y el Oriente, sentía también el Occidente, y el orbe latino; se leyeron allí algunas cartas de los santos obispos de Roma

Félix mártir.

Y Julio.

A estos testimonios de la cabeza del mundo se agregaron los de sus colaterales ═ por la parte del mediodía, san Cipriano obispo de Cartago.

Y por la de septentrión, san Ambrosio obispo de Milán.

Esos, pues, fueron en la multitud tantos, como el sagrado número del Decálogo; y en cuanto al peso, y calidad hicieron en aquel concilio de maestros, consejeros, y jueces, para pronunciar los doscientos padres allí congregados acerca de las reglas de la fe según la sentencia uniforme de los diez nombrados, según su juicio, y doctrina: determinando lo conveniente, sin pasión de odio, amor, tedio, enfado, ni presunción. No se alegó, como se hubiera podido, mayor número de padres, por no ser necesario, y por no gastar en eso demasiado de tiempo; ni había duda, en que los diez ciertamente sintieron lo mismo, que todos los otros obispos católicos.

Capítulo Trigésimo Primero. Carta del santo obispo Capreolo, y aclamación de todos los padres del concilio Efesino.

Después de todo lo sobredicho, pusimos por extenso la sentencia del bienaventurado Cirilo, según se contiene en las mismas actas conciliares. Porque, como públicamente se leyese una carta de san Capreolo obispo de Cartago, que no intentaba, ni pedía otra cosa, sino que rebatida toda novedad, se defendiese la antigüedad; así lo pronunció, y definió el obispo Cirilo; y no es fuera de propósito insertar aquí el fin de las actas, que es como se sigue: «*Y esta carta, que se ha leído del venerando, y muy religioso obispo cartaginés Capreolo, quedará entre las actas, siendo tan clara su confesión; pues quiere, que se confirmen los decretos de la fe antigua, y que esotras novedades, superfluamente inventadas, y promulgadas impíamente, se reprueben, y condenen*». Todos los obispos aclamaron: «*Esas son las voces de todos nosotros; todos decimos eso mismo; este es el voto de cuantos aquí estamos*».

¿Cuáles eran las voces, o votos de todos los padres de ese concilio, sino que se retuviese la antigua Tradición, y se desterrasen las novedades modernas? En cuya consideración quedamos admirados, alabando, y engrandeciendo la mucha humildad, y santidad del concilio, y que tal caterva de sacerdotes, los más de ellos metropolitanos, y de tanta erudición, y doctrina, que casi todos, y cada uno pudiera hablar bien, y mucho sobre la materia, y el verse juntos tantos de ese tamaño, podía animarles, a formar de suyo

alguna determinación especial, y propia; nada innovasen, nada se arrogasen, y presumiesen de sí mismos, sino el tirar a precaver de todos modos, que no se enseñase a los venideros más, que lo que se hubiese aprendido de los antepasados, no precisamente cumpliendo, con disponer exactamente lo que les tocaba, mas también dando ejemplo a los de adelante, de conservar lo antiguo de nuestros sagrados dogmas, y de desechar las modernas profanidades.

También hicimos allí una larga declamación contra la malvada presunción de Nestorio, por jactarse, de que él era solo, y el primero, que entendía la Sagrada Escritura, que en su sentir ignoraban todos, cuantos le precedieron, aunque fuesen maestros, destinados a la enseñanza de los fieles, todos los confesores, sacerdotes, y mártires, que, o explicasen, o tomasen de otros la explicación del dogma católico, o le hubiesen de cualquier modo abrazado hasta entonces; finalmente que la Iglesia entera había errado, y erraba, porque, en su dictamen, seguía, y había seguido siempre a unos doctores erróneos, ignorantes, y necios.

Capítulo Trigésimo Segundo. Pónese el sentir de los dos santos pontífices Celestino, y Sixto.

Bastaba lo dicho, para sofocar, y aniquilar todas las nuevas profanidades. No obstante, a mayor abundamiento alegamos por remate de lo demás la autoridad de los dos santos pontífices romanos, Sixto, que ahora gobierna la Iglesia, y Celestino su antecesor de feliz recordación; y voy a apuntarlas aquí. San Sixto, pues, en una carta, que sobre la causa de Nestorio escribió al obispo de Antioquía, dice: «*Luego, siendo una la fe*, como dice el Apóstol; *lo que ella ha logrado, que se diga, eso creamos; y lo que es digno de creerse, y de retenerse, eso digamos*».

¿Y cuáles son esas cosas de la fe, que se han de retener, y confesar? Ya lo dice por estas palabras: «*Para nada tenga licencia en adelante la novedad, porque no conviene añadirse cosa a la antigüedad. La fe, y clara creencia de nuestros mayores no se enturbie con la mezcla de cieno alguno*». ¡Grandemente dicho! Y cabalmente como conviene a la Sede Apostólica, el condecorar con el ilustre renombre de agua cristalina a la creencia de nuestros mayores, y dar a las profanidades modernas el bajo apellido de cieno, que con su mezcla enturbia lo más claro

Del mismo modo el papa Celestino, que en una carta, que escribió a los sacerdotes de la Francia, arguyendo su condescendencia, en callar lo tocante a la antigua fe, cuando se levantaban herejías, les dice: «*Con razón se nos echará la culpa, si con nuestro silencio damos lugar al error. Ríñase,*

pues, a esas gentes, y quíteseles la licencia de hablar, lo que les da la gana». Si se duda, de quiénes decía el papa esto, si de los que se arrimaban a lo antiguo, o a lo profano moderno; para quitar esa duda, prosigue: «*Déjese de eso la novedad, y no ande provocando a la antigüedad. (Dígolo; si es que es cierto, lo que se me avisa de ese país)*». Esta, pues, es la sentencia de san Celestino; no que la antigüedad deje de oponerse a la novedad, sino que la novedad no provoque a la antigüedad.

Capítulo Trigésimo Tercero. Conclusión de todo el **Conmonitorio**, o Tratado de Vincencio Lerinense.

Quien se atreva a contradecir los decretos católicos, y apostólicos, que acabamos de alegar; sobre insultar a los santos pontífices, Celestino, y Sixto, habrá de despreciar también a san Cirilo, que tanto aplaudió al santo obispo Capreolo por la carta suya, que se leyó a todo el concilio Efesino, en que pedía confirmación de lo antiguo, y reprobación de lo nuevo: habrá de echar a rodar al mismo concilio de Éfeso, que se compuso de casi todos los obispos del Oriente, que votaron conformes por el sentir uniforme de los padres antiguos, aclamando, que lo mismo decían, cuantos asistían allí, para que, como las demás herejías se habían rebatido por introducir sus novedades contra la fe, también a la de Nestorio se condenase por la misma razón. Y si esa decisión Efesina desagradase a alguno, éste precisamente habrá de decir, que la herejía de Nestorio está mal condenada; y podrá propasarse a tachar a toda la Iglesia de Cristo, a los profetas, y apóstoles, y señaladamente a san Pablo, que escribió, lo que queda dicho: «*¡Oh Timoteo!, guarda el depósito, evitando las novedades profanas*»; y lo otro: «*Si alguno os anunciare fuera de lo que habéis recibido, sea excomulgado*».

Pero, si no se ha de perder el respeto a los apóstoles, ni a la Iglesia, que igualmente por la regla de condenar, y oponerse siempre a las novedades profanas, ha reprobado las herejías, que se levantan de nuevo contra la venerable

antigüedad, y lo ha usado hasta los últimos herejes, que hemos alcanzado en nuestros días, Pelagio, Celestio, y Nestorio: necesitan los buenos hijos de la Iglesia arrimarse en adelante, y para siempre a la fe de nuestros mayores, y santos padres, estrechándose con ella hasta la muerte, sin soltarla jamás; y detestar, llenos de horror, impugnar, y perseguir a todos los herejes con todas sus profanas novedades.

A esto se viene a reducir en pocos términos, lo que más a la larga dijimos en todo el Tratado, que dejo escrito con la mira de reparar los olvidos de mi corta memoria; y en esta recapitulación tan pequeña queda todo ello resumido, para no fastidiarme repasándola, como pudiera, si fuese más prolija.

Aquí acaba el Tratado del Peregrino contra todas las herejías.

Amén.

Contenido